Echegaray

Mancha que limpia

MANCHA QUE LIMPIA

Mancha que limpia

DRAMA TRÁGICO

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

original de

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 9 de Febrero de 1895

OCTAVA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1906

A la eminente actriz

Señorita Doña María Guerrero

Estas líneas son, mas que una dedicatoria, una restitución. Usted, con su genio incomparable, ha hecho del personaje de MATILDE *una prodigiosa creación, elevándose otra vez á la altura de las grandes trágicas.*

Al pretender dedicarle mi drama, no hago otra cosa que entregarle lo suyo: el triunfo. Y con él mi gratitud y mi respetuosa admiración.

José Echegaray.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MATILDE..................	Srta.	Guerrero.
ENRIQUETA................		Valdivia.
DOÑA CONCEPCIÓN.......	Sra.	Domínguez.
DOLORES (criada)...........	Srta.	Bueno.
FERNANDO...............	Sr.	Díaz de Mendoza.
DON JUSTO................		Calvo (D. Ricardo).
DON LORENZO.............		Carsí.
JULIO		Núñez.

Criados.—Señoras y Señoritas que no hablan

ESCENA CONTEMPORÁNEA



ACTO PRIMERO

La escena representa una sala lujosa. Rompimiento en el fondo de tres huecos, por donde se ve una espaciosa galería de cristales muy elegante, con mesas de té, butacas, mecedoras, etc. A la derecha una puerta que da á las habitaciones interiores. Otra puerta á la izquierda. Además hay una puerta secreta á la izquierda, segundo término. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CONCEPCIÓN asomada á la galería y mirando al jardín; después un CRIADO y DON LORENZO

CONC. ¡Esta criatura!... ¡Matilde... Matilde!... (Llamando.) No puede estar sin hacer daño. Cuando no es á las personas, es á los animales. Y si fuera una niña, tendría disculpa: todo niño es un salvaje en miniatura. Pero á su edad, ¡á los veintiséis años cumplidos!, no poder dominar ese espíritu de destrucción. Pues no puede. ¡Matilde! No me oye. Empeñada en descomunal batalla con mi pobre gatito, y persiguiéndole por todo el jardín, porque dice que se come los pajaritos. (Viniendo al primer término.) ¡Ay, qué cruz! ¿Cuándo encontraremos un ser misericordioso que se la lleve?

CRIADO (Anunciando desde la galería.) ¡Don Lorenzo Tristán!

CONC. Que entre. Este hubiera podido ser el sér misericordioso que yo busco; pero ella no quiso. Porque, eso sí, caprichosa, vanidosa y envidiosa como ninguna. (Entra don Lorenzo por la galería.) ¡Mi querido don Lorenzo!

LOR. ¡Lorenzo Tristán! Olvidó usted mi apellido: es simbólico: soy la eterna víctima y la eterna tristeza.

CONC. «¡La eterna víctima!» Pues yo no le trato á usted mal.

LOR. Usted es una excepción, mi querida doña Concepción. ¡Pero los demás!... Y no es de hoy esta desdicha mía, que desde pequeñito fuí el rigor de las desdichas. Yo tuve sarampión, yo tuve escarlatina, yo tuve alfombrilla.

CONC. Todo eso es natural en los niños; todos los niños sufren todas las erupciones.

LOR. Pero no como yo. ¡Oh! Es muy distinto. Cuando fuí á la escuela, ¡todos los maestros contra mí! Era una verdadera conspiración para darme fama de holgazán y de torpe. Digo, ¡torpe!

CONC. ¡Por Dios, don Lorenzo, torpe usted!

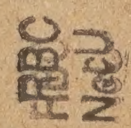
LOR. Aguila no seré, pero chorlito tampoco, ni pájaro bobo. Tomemos un término medio.

CONC. Será usted gorrión. (Riendo.)

LOR. Bueno, me conformo. Pues, mire usted, cuando seguí carrera formal, fué peor todavía. Todos los profesores y todos los compañeros contra mí. Aquello no fué una carrera universitaria, fué una carrera en pelo á través de todas las Universidades de España. Lo cual no ha impedido, porque yo soy testarudo, que hoy tenga todos mis títulos académicos en regla. ¡Pero ganados con el sudor del martirio y la agonía del tormento! (Enternecido.)

CONC. No se enternezca usted, que eso ya pasó.

LOR. Cuando encuentro un corazón compasivo como el de usted, todas las amarguras de mi existencia se desbordan.



CONC. Pues desbórdese usted, don Lorenzo.

LOR. A mí me ha pasado lo que no le ha pasado á nadie. Yo tuve un padre y una madre..

CONC. Hombre, eso le ha pasado á todo el mundo.

LOR. No, señora; no, señora. Como á mí, á nadie. Tenía yo treinta y cinco años cuando perdí á mi madre, que santa gloria haya. ¡Pobre señora, cuántos azotes me había dado en este mundo! Verdad es, que para azotes, yo; salvo lo divino, otro Cristo de la columna. Bueno: mi padre quedó viudo y con una gran fortuna: más de *diez* millones de reales, y yo hijo único. Vamos, pensaba yo entre tristezas y melancolías: «Al menos, seré rico.» Esto consuela algo.

CONC. ¡Ya lo creo que consuela!

LOR. Pues mire usted qué desdicha, doña Concepción: mi padre se casó en segundas nupcias, y tuvo dos hijos enteros y yo dos medios hermanos. ¿Y esto?

CONC ¡Ya, ya! Es desagradable, sí, señor.

LOR. De modo que parte de mi fortuna se dividirá entre mis hermanitos. ¡Pobres criaturas! ¡Yo les quiero mucho! ¡Son unos ángeles! Pero esto le prueba á usted que hasta los ángeles bajan á la tierra para perjudicarme.

CONC. Vamos, hombre, que no es tanta su desdicha. Todavía es usted rico. Y es usted casi joven. Y tiene usted buena salud.

LOR. ¡Salud, señora, salud! Usted no cuenta con mi estómago. Yo he tomado todas las aguas minerales de España y del extranjero. Como en mi juventud recorrí todas las Universidades, en mi edad madura he recorrido todos los balnearios.

CONC. Pero usted, ¿qué padece? Porque yo siempre le he visto á usted bueno y con buen apetito.

LOR. ¡Apetito!... Sí, á las horas de comer... no digo. Pero, ¿y entre horas? Entre horas, no tengo apetito ninguno, créame usted, doña Concepción.

CONC. Eso nos sucede á todos. (Riendo.)

LOR. Pero como á mí... como á mí, no, señora.

¿Y mi carrera política? Cuatro veces he salido diputado y nunca en primeras elecciones. Más aún: á los quince días de jurar, ¡la disolución!

CONC. Hay que conformarse, don Lorenzo.

LOR. ¡Pues si no me conformase! Pero hay cosas con las cuales no me conformo. Una vez en la vida me enamoré de veras. De mentirijillas me he enamorado varias veces. Pero de veras, una. Una pasión: la única. Una esperanza: la única. Una mujer: la única para mí.

CONC. Sí, Matilde.

LOR. ¡Ay, señora! Yo hubiera sido el Malek-Adel de esa Matilde. Ella no quiso. Después de alentarme, de consentirme, de darme esperanzas, cuando me declaré, ¿sabe usted lo que hizo?

CONC. No haría nada bueno.

LOR. Se echó á reir. Cuando un caballero se declara á una señorita, aunque la señorita no le quiera, le oye con agrado, baja los ojos con modestia, sonríe con dulzura. Pues ella me oyó con asombro, con un asombro insolente; levantó los ojos, abriéndolos mucho: ¡parecían dos luceros maliciosos!... y lanzó una carcajada. La sonrisa es sonrisa, y no ofende; la carcajada, ¡abofetea!

CONC. Esa criatura es así: lo tiene en la masa de la sangre.

LOR. ¡Es cruel por naturaleza! Y después de todo, aunque me esté mal el decirlo, si ella me daba su belleza, yo le daba honra, fortuna y posición, sin contar mis prendas personales, que, aun siendo modestísimas, no son... digo, me parece que no son...

CONC. No, señor, de ningún modo... no son...

LOR. Porque ella, al fin, apenas tiene con qué vivir. Y su padre fué un hombre de trapisondas financieras.

CONC. Que se lo pregunten á mi pobre sobrina. El padre de Matilde arruinó á los padres de Enriqueta. Mejor dicho, los estafó indignamente.

LOR. Si no hubiera sido por usted...

CONC. Mi pobre sobrina, mi pobre Enriqueta, se muere de hambre.

LOR. ¡Es usted un ángel, doña Concepción! Usted recogió á Enriqueta, la hija de las víctimas, y á Matilde, la hija del estafador. ¡Como usted no hay dos!

CONC. ¡Qué quiere usted: tengo un corazón de cera!

LOR. De cera perfumada.

CONC. Y cuenta que Enriqueta era mi sobrina, mi sangre, la hija de mi hermana de mi alma. Pero Matilde, ¿qué era? Casi nada mío.

LOR. Ya sé: un parentesco lejano.

CONC. De que me avergüenzo. La conocí muy niña; me encariñé con ella; murió su padre, arruinado también; quedó sola en el mundo, y la traje á mi casa. ¡Buen pago me da!

LOR. ¿Y qué me dice usted de la madre de Matilde?

CONC. ¡Su madre! su madre es *un mito.*

LOR. Dicen si fué una mujer del pueblo, una costurerilla, una criada. Su frase de usted... ¡un mito!

CONC. No hablemos de estas cosas: me disgustan y me dan pena.

LOR. Sin embargo, yo quisiera que hablásemos.

CONC. ¿Tiene usted algo que decirme de Matilde? No me asuste usted.

LOR. De Matilde, de Enriqueta, de Julio y de su hijo de usted: de Fernando. (Con intención.)

CONC. ¿Qué sabe usted?

LOR. Yo no sé nada, pero he aprendido mucho en la escuela de los desengaños. No es que yo le guarde rencor á Matilde; pero quisiera darle á usted un consejo y un aviso.

CONC. ¿Acaso Fernando?... ¡Mire usted que algo sospecho!...

LOR. Luego hablaremos. Por ahí viene su hijo de usted con don Justo. Hay que hablar á don Justo, que es el único que tiene cierta in fluencia sobre Matilde.

CONC. Adivino su idea de usted, y tiene usted razón. Gracias, don Lorenzo.

ESCENA II

DOÑA CONCEPCIÓN y DON LORENZO; FERNANDO y DON JUSTO por la galería

JUSTO Vengo tarde, pero traigo un prisionero. (Señalando á Fernando y saludando á doña Concepción.) Salud, don Lorenzo. (Se dan la mano.)

CONC. ¿Y el prisionero es éste? (Refiriéndose á Fernando.)

JUSTO Sí, señora. ¿Hice mal? Se marchaba y le cogí.

CONC. Hizo usted muy bien. No lo creerán ustedes: no le he visto en todo el día. Se marchó antes de que yo me levantase. Se fué sin despedirse de mí, ni de Enriqueta, según ella me dijo. Almorzó fuera... y hasta ahora.

FER. No quise despertarte.

CONC. Pero Enriqueta estaba despierta.

FER. Creí que no: como se levanta tan tarde...

CONC. Pues estaba en el jardín con Matilde.

FER. No: con Matilde no estaba, porque Matilde... (Deteniéndose.)

CONC. Qué, ¿la viste?...

FER. Un momento. ¿Dónde está?... ¿Dónde están?... ¿En el jardín? Allá voy.

CONC. Sí: en el jardín deben estar con Julio.

FER. ¿Vamos allá, don Lorenzo?

CONC. Sí, vaya usted. (Aparte á don Lorenzo.) (Quiero hablar con don Justo.)

LOR. Con mucho gusto le acompañaré á usted: á usted, el hombre feliz: inmensamente rico, joven y arrogante, amado y disputado, y y diputado en primeras elecciones. A ver, á ver si la felicidad es contagiosa.

FER. ¿Yo soy feliz? ¡Qué penetración, don Lorenzo! (Salen por la izquierda.)

ESCENA III

DOÑA CONCEPCIÓN y DON JUSTO

JUSTO En efecto: don Lorenzo tiene gran penetración.

CONC. No lo tome usted á broma, que acaba de darme una prueba de que penetra y adivina las cosas. Y, además, me ha demostrado que es un buen amigo dándome un buen consejo.

JUSTO Será algo que le interesa.

CONC. Ya no.

JUSTO ¿Ya no? Luego le interesó alguna vez. ¿De qué se trata?

CONC. Siéntese usted, y óigame con su bondad de siempre, y présteme su ayuda y su consejo. Don Lorenzo me ha llamado la atención sobre algo muy grave, que yo sospechaba, y que de seguro sospechaba usted.

JUSTO ¡Yo sospecho tantas cosas, tantas!... Lo sospecho todo y me equivoco casi siempre.

CONC. Un sabio como usted, no se equivoca nunca.

JUSTO ¡Sólo falta que me declare usted infalible! Infalible no soy; pero curioso, sí. Vamos, hable, hable.

CONC. Se trata de Fernando.

JUSTO Buena persona, y no lo tome usted á adulación. Mucho talento, mucha rectitud, energía extraordinaria, corazón jugoso: y en materias de honra, desprecia su vida y la ajena. Sería un marido de los que gastaba Calderón y un Guzmán de los que guardaba Tarifa. En suma, ¡grandes pasiones!

CONC. Eso es lo que me da miedo: sus pasiones.

JUSTO No, señora. Un hombre sin pasiones es como caldera de vapor... ¡sin vapor! La inercia, la inmovilidad, el sueño estúpido de un alma. Lo que importa es que el vapor no haga saltar la caldera. Que no se cargue demasiado el hogar, que las válvulas estén expedi-

tas, que el movimiento se dirija ordenadamente... ¿comprende usted?

CONC. ¡Ay, don Justo! pues por lo que á mi Fernando se refiere, creo que hay demasiado fuego en el hogar. No dirá usted que no aprovecho sus lecciones.

JUSTO Todo eso es natural. Está enamorado, se acerca la boda, y este es el momento de las altas presiones. ¿Cuándo es la boda?

CONC. Lo más pronto posible. ¡Pobre Enriqueta, qué desdichada ha sido!

JUSTO No tanto.

CONC. ¿Conque no? Aquel bandido, aquel hombre sin conciencia...

JUSTO Sí: el padre de Matilde.

CONC. Si no hubiese sido por mí, ¿qué sería de mi sobrina?

JUSTO Pero usted la recogió, la ha criado como á una hija, la ha mimado usted como á hija única, la casa usted con Fernando, y será rica, muy rica y muy feliz. Otros son más desdichados: pregúnteselo usted á don Lorenzo.

CONC. Será rica y feliz, ya lo creo. Pero hay quien no quiere que lo sea. (Con intención y misterio.)

JUSTO ¿De veras? ¡Qué infamia! ¿Acaso Matilde?..

CONC. ¿Quién había de ser? También la recogí cuando quedó huérfana: hice mal, porque hoy es Matilde la víbora en el pecho de la que fué para ella como una madre.

JUSTO ¿Y cómo es eso?

CONC. No se haga usted de nuevas: Matilde procura atraer á Fernando: Enriqueta está celosa: Fernando, al fin es hombre... y preveo grandes disgustos.

JUSTO ¡Nunca lo hubiera creído!

CONC. ¿Pero lo cree usted ahora?

JUSTO No sé. Imposible... no lo es: de menos nos hizo Dios; es decir, *de barro*. Y como el barro no era bueno, hemos resultado los mortales á modo de vasijas imperfectas y frágiles: nos resquebrajamos al menor choque, damos gusto de cieno al agua más pura y cristali-

na, y al fin nos rompemos después de haber vivido con muy poca estabilidad, con una panza muy prosáica, con la boca en la cabeza ó siempre abierta, y con los brazos en jarras, como desafiando al alfarero. (Riendo.)

CONC. Pues así está Matilde: con los brazos en jarras, desafiando á sus bienhechores.

JUSTO No, al contrario: yo la he visto siempre con los brazos caídos en forma de desaliento.

CONC. Porque es muy hipócrita.

JUSTO No digo que sí, ni digo que no.

CONC. Don Justo, usted es el único que tiene influencia sobre ella. Háblela usted: hágale comprender cuáles son sus deberes, y líbrenos usted de un conflicto, que quizá le costaría la vida á Enriqueta.

JUSTO Me parece que no.

CONC. Pero sufriría mucho.

JUSTO Eso sí: perder á Fernando, ¡tan guapo, tan rico y primo suyo!.. ¡Demonio! perder un primo es toda una catástrofe.

CONC. ¿Conque querrá usted ayudarnos á conjurar la tormenta?

JUSTO Yo procuraré conjurar todo lo que usted disponga. Por falta de conjuros no ha de quedar. ¡Matilde, yo te conjuro á que te presentes ante mí! (Con tono entre solemne y burlón.) ¿Ve usted, ve usted?... ¡Ya viene! ¡Ah, no: es Enriqueta! Así son mis conjuros. Siempre dan el mismo resultado: ¡conjuro al diablo azul y se presenta el amarillo! ¡Todo al revés, al revés, al revés, doña Concepción! (Riendo mucho.)

ESCENA IV

DOÑA CONCEPCIÓN y DON JUSTO; ENRIQUETA; entra por la izquierda

CONC. ¿Qué tienes, Enriqueta? ¿No saludas á don Justo?

ENR. ¡Ay, perdone usted! ¡Buenos días! (Con mucha dulzura.)

JUSTO ¡Muy buenos, Enriqueta!
CONC. ¿Qué tienes?
ENR. ¡Nada! (Siempre habla con mucha dulzura: una dulzura hipócrita que no consigue engañar del todo á don Justo, pero que engaña á todos los demás.)
JUSTO ¿Le han enojado á usted... los otros... los de allá? (Señalando al jardín.)
ENR. ¡No, señor! (Con mucha tristeza.)
CONC. Vamos, hija, dí lo que te pasa: don Justo es como de la familia.
ENR. ¡Fué... fué Matilde!
CONC. ¿Lo ve usted? (A don Justo.) Pero, ¿qué ha ocurrido?
ENR. ¡Ocurrir, nada: lo de siempre! ¡Picaduras de alfiler, picaduras de aguja, pero constantes... y que me hacen muy desdichada! (Abrazándose con mimo á doña Concepción.) ¡Yo no digo que sea mala Matilde... es... como es: no lo puede remediar!
JUSTO ¿Y no podría usted contarnos algo de esas picaduras de alfiler?...
ENR. ¡Y de aguja!
JUSTO Y de aguja, que tanto la mortifican.
ENR. Es á cada paso. Mire usted, contándolas, son niñadas; sufriéndolas... ¡ay, Dios mío! son intolerables.
CONC. ¿Lo está usted viendo? (A don Justo.)
JUSTO ¡Siga usted, siga usted, pequeño mártir! (En tono de compasión, pero en el fondo con cierta burla, porque desconfía de Enriqueta.)
ENR. A las nueve de la mañana, cuando yo estoy, como quien dice, en el primer sueño, ya está Matilde á la cabecera de mi cama: «Despierta, Enriqueta, despierta, hijita: que es tarde; que el jardín está muy hermoso; que el médico ha mandado que madrugues. ¡Vamos, hijita!»
COC. Sí, dirá «hijita» con vocecita dulce: ¡es más hipócrita!
JUSTO Lo creo. ¡Despertarla *á las nueve de la mañana*!. . ¡Vamos... al que me despertase á mí á las nueve, le pegaba un tiro!
ENR. No, yo no digo que lo haga con mala inten-

ción. Es que ella es así. Y como yo me duermo tarde... á las nueve tengo sueño.

JUSTO ¿Se duerme usted tarde?

ENR. Sí, casi siempre estoy leyendo alguna novela francesa.

CONC. Se las da mis Fanny, la institutriz, para que se ejercite en el francés.

JUSTO ¡Ya! ¿Y hasta qué hora está usted leyendo?

ENR. Hasta que viene Matilde y me apaga la luz: «Que te hace daño, que te hace daño.» Me da un beso y se va. (Con sonrisa triste como diciendo: «No, no creo en el beso.»)

JUSTO ¿Ese será otro alfilerazo?

CONC. ¡Pues no! Estar en lo más interesante de una novela y dejarla á una obscuras... Pues hay para... Diga usted que ésta es un ángel.

ENR. Hoy no paró hasta que, á las nueve y media, me hizo levantar. Luego presidió mi desayuno. «Toma esto; no tomes esto; es demasiado; es poco. ¡Y el médico arriba, y el médico abajo!»

JUSTO Vamos, ¡intolerable!

ENR. No, yo no digo... Ella es así. Luego se empeñó en que había de contestar á una carta que desde Viena me había escrito mi maestra de alemán. «Mujer, contesta, que ha pasado un mes; que estará ofendida; que fué muy buena para tí.» ¡Dale, dale, hasta que contesté! Ella corrigió la carta, y á cada paso *una falta*, decia ella... no sé... me devolvió el borrador lleno de tachones. No me pude contener: hice mal, no me riña usted; (Con mimo, á doña Concepción.) rompí la carta y le tiré los pedazos, le dieron en la cara, pero fué sin intención.

CONC. ¿Qué te he de reñir? Hiciste perfectamente.

JUSTO ¿Y ella?

ENR. Se puso muy pálida: me dió miedo.

CONC. Es muy colérica.

ENR. Conque yo me fuí á mi cuarto y me encerré, llorando. Por distraerme, me puse á escribir... pues... á una amiga, y á poco Matilde á la puerta. «¡Enriqueta, monina, abre!»

Yo, callada: «¡Abre, abre; responde! ¿Te has puesto mala? No me asustes.» Yo, callada y escribiendo... á mi amiga.

CONC. Si Enriqueta es más prudente...

ENR. Ella cada vez más empeñada en entrar. «¿Te has puesto mala? ¿Te ha dado algo? ¡Por Dios, responde!» Y yo, nada.

JUSTO ¿Y en qué acabó?

ENR. En que Matilde, como tiene ese genio, dió un empujón á la puerta, saltó el pestillo y entró de pronto.

CONC. ¡Qué insolencia! Ya la diré yo...

JUSTO ¿Y qué?

ENR. (Algo preocupada.) Que yo quise guardar la carta, y ella vino á mí con mil caricias y mimos y quiso coger la carta.—«¿A quién escribes?»—«No te importa.»—«Quiero verla.»—«No, no.»—Era ya por tema.

CONC. ¡Claro está!

ENR. Y así, entre bromas y veras, luchando ella por coger mi carta y por defenderla yo, se quedó con un pedazo... muy pequeño... entre las manos. ¡Es mucho más fuerte que yo!

CONC. ¿Por qué no me llamaste?

ENR. Luego fuimos al jardín. Vino Julio, y se puso, como siempre, á charlar con Matilde. ¡Yo me quedé sola!

CONC. ¡Pobre ángel mío!

ENR. Luego vino Fernando con don Lorenzo, y los dos se pusieron *á la verita* de Matilde. Los tres, Julio, Fernando y don Lorenzo, con ella. ¡*Yo, sola*! (Con tristeza.)

CONC. No estés triste, pichona, que, de los tres, el mejor es el tuyo: mi Fernando.

ENR. ¿Pero es mío?

CONC. ¡Ya lo creo! Y la boda muy pronto. ¡Y ya para siempre tuyo! Es decir, tuyo y mío, ¿verdad?

ENR. ¿Pero Fernando me quiere? No, yo creo que á mí no me quiere nadie más que usted (Abrazándose á doña Doncepción.)

CONC. ¡No digas eso, no digas eso! ¡Don Justo, don Justo... lo que le dije á usted antes! ¡Hable

usted con ella!... No tolero más sus maldades. ¡No las tolero!

JUSTO Pues ya está aquí.

ENR. Y sin Julio ni Fernando... ¡Qué milagro!

CONC. Cuando la veo venir con esa calma y ese reposo, me parece que viene hacia nosotros *la sombra del Manzanillo.*

ESCENA V

DOÑA CONCEPCIÓN, ENRIQUETA y DON JUSTO; MATILDE por la izquierda

MAT. Enriqueta, ¿estás enojada conmigo?

ENR. No.

MAT. ¡Buenos días, don Justo!

JUSTO Muy buenos, Matilde.

ENR. ¿Has dejado solos á aquellos señores? ¿A Julio, á don Lorenzo, á Fernando?

MAT. Estaban hablando los tres: de mí no hacían caso.

CONC. Pues vamos allá. Ven conmigo, Enriqueta. (Don Justo, esta es la ocasión.) Quédate: haz compañía á don Justo; su compañía y sus consejos te convienen. (A Matilde.)

MAT. Sí, señora; tiene usted razón.

CONC. Lo dicho. (Se va reposadamente y hablando con don Justo hasta la puerta de la izquierda, que es la que da al jardín.) ¿Vienes? (A Enriqueta.)

ENR. Sí, señora; estoy haciendo las paces con Matilde.

CONC. ¡Es un ángel! (A don Justo.)

ENR. ¡Dame el trozo de carta que me quitaste! (En voz baja.)

MAT. ¿Tanto te interesa?

ENR. No me interesa: nada dice: es una tontería; pero lo quiero. ¿Me lo das?

MAT. No.

ENR. ¿Pero lo tienes?

MAT. Sí.

ENR. ¡Tienes mal corazón!

MAT. ¡Dios mío, acaso dices verdad!
CONC. Te espero, Enriqueta.
ENR. Allá voy.

ESCENA VI

MATILDE y DON JUSTO. Matilde, en primer término, se sienta, y sin reparar en don Justo se queda pensativa

JUSTO ¿En qué piensas? (Acercándose.)
MAT. En lo que me ha dicho Enriqueta.
JUSTO ¿Qué te ha dicho?
MAT. Que tengo mal corazón. ¿Será verdad?
JUSTO Yo no puedo decírtelo. ¿Sabes á quién has de preguntárselo?
MAT. ¿A quién?
JUSTO A tí misma. Y si tú no lo sabes, nos quedamos sin saberlo tú y yo.
MAT. Yo no veo claro en mí misma. Yo desconfío de mí.
JUSTO No está mal. Todos debemos desconfiar de nosotros mismos, porque somos nuestros mayores enemigos, los más peligrosos, los más traicioneros.
MAT. Todos dicen que soy mala, que heredé mala sangre; que me complazco en atormentar á Enriqueta.
JUSTO ¿Qué sientes por ella?
MAT. No lo sé. Yo me esfuerzo en quererla, en cuidarla, en ser su hermana. Yo me repito día y noche: «¡Matilde, sacrifícate por Enriqueta, es tu deber! ¡Paga deudas de tu padre: por tu padre murieron en el dolor y en la miseria los suyos!» Todo el mundo lo asegura. «Quiérela, mímala, dala tu vida, tu felicidad.» ¿No es así? Usted mismo me lo ha repetido muchas veces.
JUSTO Sí, hija mía; y más te digo: como heredamos de nuestros padres el rostro, la forma, la salud ó la ruindad del cuerpo, heredamos sus instintos y sus pasiones, la salud ó la ruindad del alma. Pero con una diferencia.

Matilde: lo que atañe al cuerpo, lo heredamos fatalmente; lo que atañe al alma, lo heredamos en compañía de la *voluntad*, y á la corriente torcida podemos oponer la voluntad recta. Voluntad tienes: empléala rectamente... ¿Me comprendes?

MAT. No es difícil.

JUSTO ¿Y qué contestas?

MAT. Que tiene usted razón.

JUSTO ¿Y seguirás mi consejo?

MAT. Procuraré seguirlo.

JUSTO ¿Pero tendrás fuerza para el bien?

MAT. No sé: á veces, me parece que sí; á veces, dudo. Por más que me empeño en seguir mis inclinaciones, Enriqueta me es profundamente repulsiva. Creo que es engañosa, hipócrita, egoista. ¿Lo es, ó quiero imaginarlo por el gusto de ser mala para ella? Esto es lo que importa averiguar, don Justo

JUSTO Poco importa que sea buena ó que sea mala. Sé tú buena con ella; y si Enriqueta no lo es, tanto mejor para tí. Más meritorio será tu sacrificio y más fuerte se mostrará tu voluntad

MAT. Eso me dice mi razón. Y me acerco á ella dispuesta á quererla, á mimarla, á ganarme su afecto y su confianza. Pero mis caricias son torpes, mis cuidados brutales. Soy como gata montés, que, al acariciar, clava las uñas y al morder blando, clava los dientes; y al querer maullar dulce, bufa erizada. Y ella siente todo esto.

JUSTO ¿Y sabes por qué es todo eso?

MAT. No sé: por maldades de mi naturaleza será.

JUSTO No: ¿te lo digo?

MAT. Sí; ¿por qué odio á Enriqueta? ¿Por qué? (Pausa. Se miran fijamente.)

JUSTO Porque estás celosa. (En voz baja.)

MAT. ¿Yo?

JUSTO Sí.

MAT. ¿De quién?

JUSTO No finjas: de Fernando.

MAT. ¡De Fernando! ¡Jesús qué idea! ¡Si Fernan-

do es el prometido de Enriqueta! ¡Si la boda será en breve! ¡Si fué concertada hace mucho: antes de que yo viniese á esta casa! ¡Si es la voluntad de doña Concepción, que domina á Fernando con toda su autoridad de madre y de madre amorosa, y con toda la energía de su carácter terquísimo! ¡Qué cosas dice usted! ¡Yo celosa! ¿Pero había de ser tan malvada que quisiera destruir todas las esperanzas, todas las ilusiones de Enriqueta? ¡Oh, no tan perversa, don Justo! ¡Don Justo, no es usted justo conmigo! (Se separa de él nerviosa y casi irritada.)

JUSTO No digo que tengas esos planes. Digo sencillamente que estás enamorada de Fernando, y que instintivamente odias á Enriqueta. (Pausa.) Cuando el enfermo llama al médico, no le oculta sus dolores, ni le niega los síntomas de la enfermedad; porque entonces el médico se vuelve loco y no hay cura posible... «¿Tiene usted vértigos?»—«No.»—«¿Le duele á usted el corazón?»—«No.»—«¿Padece usted insomnios?»—«No.»—«¿Se siente usted febril?»—«No.» «Entonces está usted bueno. ¿Para qué diablos me llama usted?» (Pausa.)

MAT. ¡Pues sí; tengo vértigos horribles que me llevan al borde del abismo: me salta el corazón aunque lo sujeto con las dos manos apretando los dientes: paso la noche en interminable vigilia, y siempre está *él* en la sombra mirándome: me abrasa la fiebre, y corre fuego por mis venas, y se me llena el pensamiento de llamaradas: odio á Enriqueta, que aparte de todo, es mala, indigna de Fernando, y muy capaz de hacerle infeliz; pero aunque fuese buena, creo que la odiaría, y que la odiaría aún más, porque *al* menos ahora el odio tiene un lenitivo en el desprecio! Lucho por dominarme, y hasta ahora voy venciendo; pero no sé si vencerá siempre mi voluntad enfermiza y viciada. No puedo ser más franca.

JUSTO — Así te quiero, y así vencerás, y así cumplirás tu deber.

MAT — ¡Gran consuelo! (Con ironía desesperada.)

JUSTO — ¡Matilde!

MAT. — ¿Lo ve usted? Por algo desconfío de mí misma. ¡Si no es posible! ¡Si desconfío de todos y de todo! Yo quería mucho á mi padre porque era muy bueno. Sin embargo, todos dicen que era malo. ¡Ser malo un hombre tan bueno! Pues entonces los buenos, ¿cómo son?

JUSTO — Por el estilo. El hombre no es ni malo ni bueno en absoluto. Mezcla de barro infecto y de girones de cielo azul, allá se revuelve todo, según los caprichos de la vida. Se tropieza con el barro, y se retira con repugnancia la mano que se siente manchada, y se dice: «¡qué malo es!» Flota fuera de la masa pastosa un girón de cielo como ala perfumada, y al pasar, nos acaricia el rostro y decimos: «¡qué bueno es!» Los padres de Enriqueta acaso tropezaron con el barro, y con motivo dicen que tu padre era un malvado. A tí te acarició la pluma de sus alas, y dices con razón: «¡qué bueno era!» De todas suertes, tú debes de creer que era bueno, aunque el mundo entero te grite lo contrario.

MAT. — Eso es lo que creo.

JUSTO — Debes pensar que se equivocan.

MAT. — Eso pienso.

JUSTO — Debes suponer que el mal que hizo fué contra su voluntad, por coincidencias fatales. Y debes compensar con tus sacrificios aquellas maldades, no de tu padre, del destino, para que todos digan: «cuando la hija es tan buena, no sería tan malo el padre.» Así empezarás su rehabilitación.

MAT. — Eso es lo que haré, por *él*, no por mí: por su memoria y por la memoria de mi madre. ¡De mi madre!... ¡Pero si de mi madre no tengo memoria! Otra sombra de mi existencia, y esta sí que es espesísima.

JUSTO Hablemos de tu padre.

MAT. ¿Y por qué no de mi madre?

JUSTO Porque no la conocí.

MAT. Ni yo tampoco. ¡Nadie la conoció!

JUSTO ¿Pues entonces?...

MAT. ¡Acaso tenga yo un recuerdo; pero tan vago!...

JUSTO ¿Qué recuerdo es ese?

MAT. ¡Nada, si no es nada! Es el recuerdo de una mujer; ¿pero era mi madre? Yo era muy pequeña: tenía unos siete años. Estaba con mi padre cuando le trajeron una carta de una pobre mujer, que esperaba contestación. La leyó, se puso colérico como nunca; era una furia: la tiró arrugada y rota, y salió de su despacho. Yo cogí la carta y quise leer; pero apenas sabía, y la letra era muy mala, y traía muchos borrones, como si hubiesen caído gotas de agua: ¿eran lágrimas? ¡Quién sabe! Nada, no podía, no podía: sólo leí esto, porque venía escrito con letras muy grandes: *miga*. ¡Ve usted qué tontería, qué ridiculez! Pues siempre tengo ante mis ojos aquella palabra ridícula: *miga*, y junto á ella un redondel manchado.

JUSTO ¡Qué cabeza tienes! ¡Señor, en lo que has ido á fijarte: *miga*! ¿Pero qué quiere decir eso?

MAT No sé.

JUSTO Yo sí. ¡Gran misterio! Pediría limosna, y diría: «denme siquiera *una miga* de pan».

MAT. Puede ser; pero, ¿por qué se encolerizó mi padre? Porque le pidiesen limosna no se había de encolerizar. Tuvo siempre muy buen corazón.

JUSTO Pues aquel día le cogio de mal talante.

MAT. Quizá; pero han pasado diecinueve años, y ni una noche dejo de ver esa palabra con su redondel al lado, de agua ó llanto. Diga usted: aquella pobre mujer sería del pueblo; no sabría escribir...

JUSTO ¿Y qué? Para pedir limosna no se necesita buena ortografía.

MAT. ¿Y si de dos palabras hizo una? ¿Y si suprimió una *hache?* ¿Y si en vez de una *jota* puso una *ge?* Entonces, donde su pobre mano temblorosa y su mala ortografía pusieron *miga*, lo que su corazón quiso poner, fué ¡mi hija! ¡Y aquella lágrima que estaba al lado corrió la torpeza de su escritura. ¡Entonces no venía á pedir limosna de pan, sino limosna de cariño! ¡Entonces aquella *miga* no era una migaja, sino un corazón entero que venía buscándome! ¡Entonces, aquella mujer era mi madre!... ¡Mi madre, pobre, humilde, tosca, ignorante... todo... todo lo que usted quiera... pero mi madre!

JUSTO Ya estás forjando novelas inverosímiles, absurdas.

MAT. Al día siguiente nos fuimos de Madrid; así, como si huyésemos...

JUSTO ¿De quién?

MAT. No sé: sería de ella. Cuando subíamos al coche, una mujer, que estaba en la acera de enfrente, se precipitó hacia nosotros. El coche arrancó: oí un grito y quise asomarme. Mi padre me sujetó. «No es nada, me dijo besándome: no la cogió el coche.» Seguimos. ¿Sería la mujer de la carta?

JUSTO Sería esa, ó sería otra ¡Hay tantas que pordiosean! Unas escriben cartas; otras piden á los que van en coche; otras á los que van á pie: á éstas es á las que yo temo. Y aquí acaban tus recuerdos.

MAT. No, falta uno. Llegamos á la estación: el tren tardó en salir: mi padre estaba impaciente. Al entrar en nuestro reservado, la mujer entró en el andén, y miró con ojos espantados por todas partes. De seguro nos buscaba, y entre la confusión de tanta gente no nos vió; pero yo la ví. ¿Por qué me fijé en ella? ¿por qué estos recuerdos se han fijado en mi memoria de niña? ¿por qué he pensado tanto después en estas pequeñeces? Pregúnteselo usted á Dios: yo no lo sé. El tren arrancó: ella quiso seguir al tren con

los ojos muy abiertos y sin vernos. Aquellos ojos que, espantados y húmedos, buscaban *algo que huía para siempre*, y que no lo encontraba, yo los ví, yo los he visto, yo los veo ahora mismo... ¡Ellos no me vieron nunca!

JUSTO ¡Hay tantos ojos que miran cosas que se van! Esa es la vida. Basta de sueños y quimeras.

MAT. ¡Esa mujer era mi madre! Eso digo yo.

JUSTO ¡Matilde!

MAT. ¡Y porque era humilde, porque era pobre, no quería mi padre que me besase! ¡Ah, padre mío!

JUSTO Basta. ¿Quieres que hablemos de otra cosa?

MAT. ¿De qué?

JUSTO De tu amor imposible.

MAT. Si es imposible, ¿por qué hemos de hablar?

JUSTO De tus deberes para con Enriqueta.

MAT. Conque los cumpla, basta. No hay para qué hablar de ellos.

JUSTO De tu sacrificio honrado; de tu voluntad vencedora: de tu dicha futura.

MAT. (Riendo nerviosamente.) ¿De mi dicha? ¡De eso sí que es curioso que hablemos!

JUSTO Calma y silencio, que ya vienen todos.

MAT. ¿Fernando también?

JUSTO También.

ESCENA VII

MATILDE y DON JUSTO; DOÑA CONCEPCIÓN, ENRIQUETA, FERNANDO, JULIO y DON LORENZO. Vienen por la izquierda de la galería, en dos grupos. Delante, doña Concepción con don Lorenzo y su hijo: detrás, Enriqueta y Julio. En primer término, Matilde y don Justo

CONC. En el jardín hace ya fresco: vengan ustedes á tomar el té en la galería.

LOR. Donde usted guste, señora. Yo tomo el té donde me lo dan. Yo soy el hombre de la resignación. Estoy acostumbrado.

FER. ¡Amigo don Lorenzo, es usted sublime! ¡Se resigna usted á tomar una taza de té en nuestra compañía! (Riendo y hablando llegan al rompimiento del fondo.)

JULIO No hemos podido hablar ni una palabra. ¡Enriqueta, no me desesperes! (En voz baja, pero colérica.)

ENR. ¡Por Dios, no seas imprudente! Hace mucho que estás á mi lado: vete con Matilde. ¡No me comprometas!

CONC. (Desde una de las puertas de la galería.) ¿No viene usted á tomar la tacita, don Justo?

JUSTO ¡Ya lo creo! Con resignación tan meritoria como la de don Lorenzo. (Se separa de Matilde y se va á la galería del fondo.)

FER. (Desde el fondo.) ¿Y Matilde, no viene? (Avanza al primer término y se acerca á Matilde, que está sentada y pensativa, dando vueltas á un trozo de carta que ha sacado del bolsillo.) ¿No quiere usted acompañarnos?

MAT. Muchas gracias. A estas horas no tomo nada: ya lo sabe usted.

FER. (En voz baja y apasionada.) ¡Siempre huye usted de mí! ¿Me odia usted, Matilde?

MAT. Puede ser: soy tan mala que odio á todo el mundo.

CONC. (Desde la galería y con voz algo alterada.) ¡Fernando!... (Llamando.)

MAT. Su madre de usted le llama. (A Fernando.)

FER. ¡Matilde!...

CONC. (Llamándole.) ¡Fernando!

FER. Aquí estoy. (A su madre.) ¡Pero me daba lástima que quedase sola!

CONC. Así debe estar siempre: sola.

FER. ¿Por qué, madre mía? (Los personajes están de este modo: en el fondo de la galería, don Justo y Julio hablando, y don Lorenzo comiendo algunas pastas y bebiendo Jerez; en el rompimiento, doña Concepción, Fernando y Enriqueta; en primer término, mirando el pedazo de carta, Matilde.)

ENR. Si has de estar de mal humor, yo traeré á Matilde.

FER. ¡Eres muy buena!

CONC. No te molestes, Enriqueta: ya vendrá ella si quiere.

ENR. No: ¡qué pensaría de mí Fernando si dejase sola á mi hermanita! (Enriqueta se acerca de puntillas á Matilde sin que ésta lo note.)

MAT. (Mirando el trozo de papel.) Así: ellos, allá, y yo, conmigo misma... y con esta idea... ¡Oh, tienen razón: yo soy de mala índole!... Pero estas frases son tan extrañas... ¡No las comprendo... no las comprendo!...

ENR. (Abrazándola de pronto y quitándola el pedazo de carta.) ¡Al fin!... ¡Matilde!... ¡Monina!

MAT. ¡Enriqueta! (Poniéndose en pie.)

FER. Quería el pedazo de mi carta. ¡Ah, curiosa, ya no lo tienes!

MAT. ¡Lo sé de memoria!

ENR. (Volviéndose hacia doña Concepción y Fernando.) No quiere ir: por más que le ruego no quiere ir.

FER. Pero, ¡Matilde!... (Acercándose á ella.)

MAT. ¡No... por Dios!... gracias... yo lo agradezco... pero estoy mala, nerviosa... Tú, (A Enriqueta.) con Fernando; y usted, con ella. (Uniéndolos á la fuerza.) Y se van ustedes allá, con doña Concepción y con todos. (Empujándolos suavemente.) Y yo, sola... sola... quiero estar sola.

CONC. ¡Qué mujer!

FER. ¡Qué carácter!

ENR. ¡Pobre Matilde! (En voz alta, fingiendo cariño.)

MAT. Así: por fin, sola. (Ruido de conversación y risas en la galería.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es el anochecer: dos ó tres horas después de las escenas precedentes. La sala y la galería con poca luz: la de la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA y JULIO

JULIO (Entrando y recorriendo la sala con la vista) ¡Al fin te encuentro sola!

ENR. ¡No seas imprudente! ¡Van á venir: nos espía Matilde!

JULIO ¡No tengas miedo: están de sobremesa! El café distrae mucho; la conversación de don Lorenzo distrae más, y Matilde no se separa fácilmente de Fernando, y viceversa.

ENR. Ahora dijiste una gran verdad.

JULIO ¿Tienes celos de Matilde? ¡Ah, Enriqueta; en lo que debías fundar tu dicha, fundas tu enojo! ¡No me quieres, ni me quisiste nunca!

ENR. ¿Que no te quise? ¿Que no me sacrifiqué por tí? ¡Déjame, déjame! Harás que llore, lo conocerá doña Concepción, y tendré que decir *que me hizo llorar Matilde.*

JULIO Sí, me quisiste mucho, pero fué un capricho. Antes, conmigo, *el amor*; ahora, con Fernando, la ambición de ser su esposa, el lujo con que te brinda, la codicia de grandes riquezas: tener coches, hartar vanidades,

coquetear con los hombres, humillar á las mujeres, vengarte de Matilde, templar las frialdades de tu corazón con los vahos de tu egoismo.

ENR. ¡Por Dios, Julio; por la Virgen Santísima, ten juicio!... ¡Me das miedo! (Mirando si vienen.)

JULIO (Colérico.) ¡Si es que te conozco! ¡El miedo! ¡Eso es lo único que tiene imperio sobre tí! Si en vez de tener ese cuerpecito mono que me enloquece, tuvieses el cuerpo prolongado de la sirena, y en vez de tu piel rosada una piel escamosa, y en vez de tu cabecita divina una cabeza aplastada y verduzca, *¡lo que es por dentro no había que tocar á nada* para la transformación de Enriqueta!

ENR. ¡Qué injusto, qué loco, cómo me insulta!...

JULIO (Amenazador.) ¡Enriqueta!...

ENR. ¡Por Dios, ten juicio!... ¡Y, sobre todo, no hables alto... y no te acerques mucho!... ¡Por todos los santos, no me comprometas!

JULIO ¡Eso es lo único que temes!

ENR. ¿Lo he temido antes? ¿No me he comprometido por tí como una locuela? ¿No desdeñé á Fernando?

JULIO Lo desdeñaste, no lo desdeñas.

ENR. ¿Cómo lo sabes? (Con mimo.)

JULIO ¿Pues no habla todo el mundo de la boda? ¿No jura doña Concepción que os casais muy pronto? ¿No estás dulce y cariñosa con él? ¿No finges celos de Matilde? ¡Pues qué más pruebas! ¡Tú quieres que pierda la razón!

ENR. Escúchame, Julio; escúchame, pero con calma, y no muy cerca: cien veces te lo he explicado.

JULIO Pues habla, inventa, miente, engaña, ¡que aquí estoy yo para dejarme engañar!

ENR. (Con mimo cariñoso.) ¿Puedo ser de nadie más que tuya?

JULIO Por tí, sí podrías: pero yo haré que no puedas.

ENR. No, no podría.

JULIO Quise decir en voz alta nuestro amor, pedir

tu mano, casarme contigo. Tú no quisiste. «Espera, espera,» me decías. ¡Siempre esperar!

ENR. Era por tí. Tú no te acuerdas de nada: tú lo niegas todo: tú disputas de mala fe. Eres pobre: tu madrina es bastante rica.

JULIO (Con ironía.) No tanto como Fernando: como Fernando, que es millonario.

ENR. Pero es rica: te dejará heredero de parte de su fortuna si te casas con su sobrina: de lo contrario, te deshereda. Son cosas muy prosáicas, muy tristes, pero que se imponen. Era preciso esperar, ir ganando tiempo y tener muy ocultos nuestros amores.

JULIO Y para ir ganando tiempo, y para alejar toda sospecha, ¿prometías casarte con Fernando?

ENR. Los seres débiles de algún modo han de luchar.

JULIO ¿Pero tú eres un ser débil? No: mentira. Yo te conozco. ¡Oh! muy débil para oponerte á lo que estás deseando: entonces, ¡con qué dulzura, con qué tristeza te dejas vencer! ¡Pero con qué invencible terquedad te opones á todo lo que no quieres! ¡Músculos de acero bajo cutis de raso; energía infinita con ondulaciones de tallo flexible; pensamiento calculador y frío bajo la frente aniñada de un angelote de retablo; prudencias y astucias de viejo envueltas en llantos y risas de *bebé!* ¡Eso eres tú!

ENR. Si tan mala soy, ¿por qué me quieres? (Hace como que llora y se cubre el rostro con un pañuelo.)

JULIO ¿A que es mentira? ¿A que no lloras?

ENR. ¡Déjame, ódiame: vete, todo ha concluído!

JULIO ¡Todo, menos mi pasión! ¡Mi pasión insensata, pero invencible! ¡Es que yo te quiero así, así como eres: mala, traidora, falsa, egoísta! ¡Conseguir que á pesar de todo lo que eres, me quieras! ¡Qué triunfo y qué dicha! ¡Enriqueta!... ¡Enriqueta!... ¡Bien mío!... ¡Mi bien, sí!... ¡Amargo, acre, venenoso... pero con el sabor satánico del pecado sin redención! ¡No beses: muerde con tus diente-

citos! ¡No acaricies: araña con tus uñas finísimas!

ENR. (Sonriendo.) ¡Qué cosas dices!... ¡Si yo no te quisiera!...

JULIO ¿Te casarás con Fernando?

ENR. No.

JULIO ¿Me lo juras?

ENR. Te lo juro. (Con aparente solemnidad.) Pero sigamos fingiendo; nos importa mucho. Y fingiendo bien, porque Matilde está sobre aviso. Te escribí esta mañana una carta por si no venías, diciéndote que pensaba ir esta noche á donde tú sabes... (Mirando alrededor y en voz baja.)

JULIO ¡Enriqueta!

ENR. Pues Matilde quiso quitarme la carta, y se quedó con un pedazo, que al fin le arranqué por sorpresa.

JULIO ¿Y qué decía?

ENR. Nada, frases insignificantes: pero Matilde es muy suspicaz. Mira... ya viene. (Matilde pasa por la galería con la cabeza inclinada y los brazos caídos.)

JULIO No, pasa de largo; hay poca luz; no nos ve. Va muy pensativa.

ENR. Cuando ella está pensativa, me hace temblar.

JULIO No pensemos en ella.

ENR. ¡Vete, vete: hace mucho que estamos aquí!

JULIO Pero tenemos mucho que hablar.

ENR. Otra vez. ¡Ahora, vete; sigue á Matilde! Que cuando vengan, te encuentren junto á ella.

JULIO ¡Siempre lo mismo!

ENR. Los seres débiles tenemos que defendernos á nuestro modo. En el débil, en el desvalido, todo es un crimen; en el fuerte, todo es lícito. Si doña Concepción sospechase nuestros amores... ¡la sangre se me hiela sólo de pensarlo! Me arrojaría de esta casa. ¿Y qué hacía yo abandonada y pobre?

JULIO ¿No estaba yo?

ENR. (Con risita burlona.) ¡Pero si tú eres más pobre y más débil que yo! Una pobre caña soste-

niendo á una azucena cuando el huracán sopla: ¡gran sostén! (Con risa y broma.)

JULIO ¿Dónde has aprendido esas cosas?

ENR. No recuerdo: las supe siempre, pero á nadie se las digo más que á tí, ¡mira si te querré! Y ahora vete, vete antes que vengan. Matilde te espera. (Con ironía.)

JULIO Con una condición.

ENR. ¿Cuál?

JULIO Que cumplirás tu promesa; que irás esta noche... (En voz baja.)

ENR. Me has dicho cosas muy duras, muy ofensivas... ¡mereces un castigo!

JULIO ¡Enriqueta!

ENR. Bueno, iré. ¡Pero allá... allá... pronto... mira, vienen!

JULIO ¿Tengo tu palabra?

ENR. Sí... sí... iré. ¿Quieres más? Te lo juro. (Mirando siempre con inquietnd.)

JULIO Sí, quiero más... ¡siempre más!... No... yo no te pierdo. ¡Eres diabólica... pero eres divina!

ENR. ¡Qué hombre, Dios mío! Me quiere mucho, pero es muy imprudente. No... si Julio no fuese tan débil, sería muy peligroso. Lo siento; pero es preciso que se marche de Madrid por dos ó tres meses á donde nadie sepa: cuando vuelva, tendrá que resignarse. No, si yo no dejaré de amarle. Es lo mejor: que me pierda de vista por algún tiempo. Trabajo me costará convencerle... pero le convenceré. Al pronto, ¡qué furores, qué amenazas! Luego, ¡qué súplicas!... ¡Pobre Julio! Y concluirá, como siempre, por obedecerme. (Sonriendo con malicia.)

ESCENA II

ENRIQUETA, DOÑA CONCEPCIÓN, DON LORENZO y DON JUSTO.
Enriqueta se deja caer en la silla y se queda humilde y pensativa.
Los demás vienen por la derecha

CONC. Enriqueta, hija mía, ¿qué haces aquí solita?

ENR. Nada; estoy pensando... (Muy triste.)

CONC. ¿Qué piensas, niñita mía?

ENR. Estoy pensando qué sería de mí sin usted.

CONC. ¿Lo ven ustedes?

ENR. ¡Si usted me arrojase de su lado, si usted me abandonase!...

CONC. ¡No digas eso!.. ¡Vamos que me enfado! ¡Es un ángel de dulzura! (A los demás.)

JUSTO ¡Ya... ya!

LOR. ¡Ay, Enriqueta! Las dichas de este mundo no se reparten por igual. Nosotros somos de los desheredados.

CONC. Ella no, no, señor. A esta la quiero yo mucho, con toda mi alma. Y la quiere muchísimo Fernando. El es severo, formal, poco expansivo; pero la quiere mucho, ¿verdad, don Justo?

JUSTO ¡Muchísimo!

CONC. (A Enriqueta.) ¿Lo crees tú así?

ENR. Sí, señora; me quiere más de lo que yo merezco. Yo, ¿qué soy para obtener su cariño y llevar su nombre? (Con humildad y tristeza.)

CONC. ¿Eh? ¡Cuidado con modestias exageradas! Tú lo mereces todo.

LOR. Y, sin embargo, la dejan aquí solita como un rayo pálido de la luna en noche...

JUSTO Pálida. (Terminando la frase.)

CONC. Yo pensé que estabas con Julio.

ENR. ¿Con Julio? No, no lo he visto. Sí, ahora que me acuerdo, por aquí pasó; me dijo dos ó tres cosas y se fué por allá, por la galería, á buscar á Matilde. (Fingiendo naturalidad é indiferencia.)

LOR. (A don Justo.) ¡Eh! ¿Qué decía yo? (A doña Concepción.) Decididamente tenemos que hablar; es ya caso de conciencia. (A don Justo, y también en voz baja.) Don Justo, tenemos que hablar los tres.

CONC. ¿Por qué no te vas con ellos, Enriqueta?

ENR. ¿Y si estorbo? ¿Y si me reciben mal?

CONC. Tú no estorbas en ninguna parte, pichona. Además, no parece bien que estén los dos solos.

ENR. Si es por ellos, bueno. (Levantándose para irse.)

Esperaba aquí por si venía Fernando... y no venía. (Con tristeza.)

CONC. Ya irá... ya irá con vosotros.

ENR. Pues hasta luego... adiós... pero yo sé que voy á molestarles. (Sale lentamente por la izquierda de la galería.)

ESCENA III

DOÑA CONCEPCIÓN, DON LORENZO y DON JUSTO

CONC. (Siguiéndola con la vista.) ¡Es una perla!

JUSTO Perla sin concha.

LOR. Escondida entre las algas del mar. Así somos muchos.

JUSTO Hombre, ¿usted también es perla?

LOR. No lo digo por la perla, ni por la concha; lo digo por las algas, y, sobre todo, por el mar. ¡Yo me anego en el mar de la vida!

JUSTO Pues si padece usted reuma, más le ha de aprovechar un baño de agua de mar con algas que todas las perlas y todas las conchas de Ceylán.

LOR. ¡Si padezco reuma! ¡Qué no padeceré yo! Tuve un ataque el año .. (Preparándose á contar una historia)

JUSTO ¿Quiere usted que hablemos de lo que tenía usted que decirnos? (Interrumpiéndole con terror)

LOR. ¡Ah, sí! Asuntos delicados, asuntos graves, casos de conciencia: dudo, y vacilo, y temo.

CONC. ¿De qué se trata, don Lorenzo?

JUSTO ¿De qué y de quién?

LOR. De Enriqueta y de otra persona.

JUSTO Sí, ya nos dió usted varios avisos caritativos: que Fernando se enamora cada vez más de Matilde; que el porvenir de Enriqueta peligra; que peligra de rechazo la paz de esta casa.

CONC. Sí, eso ya nos lo dijo usted.

LOR. No es eso, no es eso: es otra cosa más grave. Pero yo temo, porque pudieran ustedes ima-

ginar que hay en mí espíritu de animadversión contra Matilde; que le conservo rencor por sus desdenes... ¡Y bien sabe Dios!...

CONC. No tema usted nada: ya sabemos que es usted un bendito.

LOR. ¡Un bendito, un bendito! Señora, eso es casi decir que soy un pobre hombre.

JUSTO ¡No, hombre de Dios! Quiso decir que es usted un hombre honrado, pundonoroso: un caballero.

CONC. Justamente. Pero acabe usted.

LOR. Muchas gracias. Pero pudieran caber dudas; porque soy tan desdichado que todas mis acciones se juzgan torcidamente. Pudiera presumirse que yo desciendo á espionajes indignos, á venganzas ruines, á delaciones repugnantes, ¡y no es eso, no es eso! Yo juro por las almas de mis antepasados que no fué espionaje, no lo fué.

JUSTO ¿Quiere usted acabar, por las *ánimas benditas?* Que á estas se les puede llamar *benditas* sin que se ofendan.

LOR. Es que lo estoy pensando hace ocho días. Antes iba á decirlo, cuando llegaron don Justo y Fernando.

JUSTO Pues dígalo usted ahora que estoy yo y que no está Fernando. (Con impaciencia y casi con enojo.)

CONC. Sí; vamos, don Lorenzo.

LOR. (Con solemnidad y misterioso.) Señora, algunas veces, ya de día, ya de noche, sobre todo al anochecer, deja usted salir solas á Enriqueta y á Matilde.

CONC. ¡Ay, nunca, don Lorenzo, nunca! ¡Dos jóvenes solteras! Esas modas hubiera querido establecer Matilde, que, como se educó con su padre en los Estados Unidos, venía ansiosa de libertad; pero conmigo no prevalecen tales costumbres.

LOR. Sin embargo...

CONC. Yo no siempre puedo acompañarlas. Y ellas tienen amigas á quien visitar, compras que hacer; á veces van á ver y llevar algún soco-

rro á Petra, una criada antigua que está imposibilitada la pobre; en fin, cosas que ocurren. Pero solas, no, señor. Van con Miss Fanny, la institutriz, una señora de edad, de carácter y de respeto.

LOR. Doña Concepción, no se fíe usted de las institutrices; las hay muy dignas y muy honradas; pero las hay... las hay... El principio de mis desdichas, si es que mis desdichas tuvieron principio, arranca de una institutriz: por ella rompió conmigo mi padre, con ella se casó y ella me dió mis dos medios hermanos. ¡Angelitos!

CONC ¡Por Dios, don Lorenzo! Miss Fanny es de mi edad: no, de mucha más edad que yo.

LOR. Doña Concepción, *la vida comedia es,* y la que no sirve para dama sirve para confidenta.

JUSTO ¿Pero quiere usted acabar?

LOR. Sí, señor, aunque me cuesta muchísimo. (Con misterio.) Yo algunas veces he seguido por la calle á las dos jóvenes y á la vieja Miss. Iba tras ellas, porque el acero se va tras el imán, y por mucho tiempo Matilde ha sido y sigue siendo el imán de este acero. ¡Atracción misteriosa!...

CONC. ¿Y qué?

LOR. Que siguiéndolas hace bastantes días, ví que el coche, un coche de alquiler, que llevó *á las tres* á casa de Petra, al volver y al doblar la esquina, en que yo con mi timidez natural me había detenido, ya no llevaba más que *dos*. La otra sin duda se quedó haciendo compañía á la pobre enferma. ¿Qué tal?

JUSTO ¿Y quiénes eran las dos?

LOR. Eso ya no pude verlo; era de noche, y yo... ¡qué calamidad no habrá caído sobre mí! *Soy corto de vista...* Distinguí dentro del coche dos bultos, dos vestidos negros, dos velos... pero nada más... de modo que no sé cuales sean las dos.

CONC. Yo sí: ¿quién se había de quedar al lado de una pobre anciana enferma más que mi Enriqueta? ¡Ese ángel de caridad!

LOR. Eso imaginé ó supuse yo.

CONC. ¿Y qué más? Porque hasta aquí no veo nada de alarmante. Miss Fanny y Matilde irían de compras, y muy aprisa, para llegar antes de que se cerrasen las tiendas.

JUSTO Claro está.

LOR. No, señor: no está claro. En coche, seguí yo al otro coche. ¡Pero cuidado, que no fué espionaje!

JUSTO No, señor; lo sabemos, estamos convencidos. Acabe usted.

LOR. El coche de ellas se detuvo... ¿dónde creerán ustedes que se detuvo?

CONC. ¿Dónde?

LOR. Pues se detuvo á la puerta de una casa. (Mirándoles con aire triunfante.)

JUSTO Naturalmente.

LOR. Y en esa casa, y en un cuarto bajo muy mono, vive una persona.

CONC. ¿Quién?

LOR. ¿No lo adivinan? (Pausa.) ¡Julio!

CONC. ¿Qué dice usted?

JUSTO ¡Demonio!

LOR. Yo me bajé, despedí el coche, y muy embozado en mi capa y ojo avizor, pasé junto al coche de ellas y ya no estaba más que una: miss Fanny; *la otra había entrado en casa de Julio.*

JUSTO ¡Don Lorenzo!...

CONC. ¡Pero don Lorenzo!

JUSTO ¡Me deja usted estático!

CONC. ¡Me deja usted muerta!

JUSTO Pero, ¿quién era?

CONC. ¿Y usted esperó á que saliese Matilde?

JUSTO ¡Poco á poco! A que saliese... *la otra.*

CONC. ¡Poco á poco! La otra era Matilde.

JUSTO ¡Doña Concepción!

CONC. ¡Don Justo!

LOR. Yo no esperé nada ni á nadie. Fanny se asomó á la portezuela... temí que me conociese, y me alejé.

JUSTO ¡Imposible!... ¡Imposible!

CONC. ¡Dios mío, qué disgusto, qué bochorno!

JUSTO ¡Ella viene!

CONC. ¡No quiero verla! ¡Yo me voy! ¡Jesús, Jesús!

JUSTO Nos vamos todos; pero venga usted con nosotros, porque esto no puede quedar así. (A don Lorenzo.)

LOR. Estoy á sus órdenes.

CONC. Pues á mi gabinete. ¡Ella!... ¡Ella!... ¡Era preciso!

JUSTO Señora, todavía no se sabe...

LOR. Ojalá.

CONC. ¡Qué vergüenza!... ¡Señor, qué vergüenza!... (Salen por la derecha primer término.)

ESCENA IV

MATILDE y FERNANDO. La tarde va cayendo; cada vez menos luz

MAT. ¡Se van como si huyesen de mí!... ¿Por qué? En cambio, él siguiéndome como la tentación. ¡Si hay luz, le veo; si no hay luz, le imagino!

FER. ¡Matilde!... ¡Matilde!

MAT ¿Qué?

FER. Parece que huye usted de mí.

MAT. ¿Yo? ¿Por qué? No, no lo crea usted.

FER. Nunca podemos hablar.

MAT. Todo el día estamos hablando. Usted sale poco, yo casi nunca salgo, y nos vemos constantemente.

FER. Pero delante de todo el mundo.

MAT. ¿Y qué?

FER Nada.

MAT. Pues entonces...

FER. Nada. (Matilde hace un movimiento para marcharse.) No se vaya usted, yo se lo ruego. ¿No quiere usted que hablemos? No hablaremos; pero, al menos, que yo la vea á usted.

MAT. Gusto es. (Echándolo á broma.)

FER. Es locura.

MAT. Me parece que sí.

FER. ¡Matilde! (Acercándose á ella.)

MAT. ¡Presente! (Riendo.)

FER. Es inútil que finja usted indiferencia y que lo eche usted á broma. Le tiembla á usted la voz. Es inútil que guarde usted silencio, porque oigo su respiración de usted y es anhelosa.

MAT. ¡Por Dios!... ¡Qué cosas se le ocurren á usted!

FER. Usted tiene mucho talento.

MAT. Gracias.

FER Y mucha penetración.

MAT. ¡Gracias repetidas!

FER. Usted comprende lo que quiero decir.

MAT. No me comprendo á mí misma, para que le comprenda á usted.

FER. (Acercándose á ella y con voz reconcentrada.) Usted comprende que la quiero con toda mi alma. ¡Con devoción de devoto, con furores de demente!

MAT ¡Basta!... ¡No más! ¡No más! ¡No oigo más! (Quiere irse y Fernando la detiene.)

FER. Empecé y he de concluir.

MAT Estamos á oscuras y no me ve usted la cara. Eso nos valga.

FER. Sí, ya lo sé: ó roja de vergüenza ó pálida de indignación. Pero si fuese iluminada de alegría, ¡qué alegría para mí!

MAT. ¡De modo que usted supone que yo soy una aventurera, una intrigante! ¡Que estoy en esta casa como la víbora en el pecho que le da calor! ¡Pero es que esas cosas no se le pueden decir á una mujer sin despreciarla profundamente! ¡Quiere usted galantearme y me insulta! ¡Quiere usted acariciarme y me abofetea! ¡Pero es que yo no lo merezco! ¡Pero es que yo no lo sufro! (Rompe á llorar. Pausa.) ¿No contesta usted? ¿No merezco una disculpa, una explicación? ¡Tan bajo he caído!

FER. Si usted no me entiende, ¿para qué he de hablar?

MAT. ¿Pero usted qué piensa de mí? ¿Que soy mala ó que soy buena?

FER. ¡Qué me importa!

MAT. ¡Fernando!

FER. Oigame usted: todo el mundo es bueno y malo al mismo tiempo. Bueno, para unos seres; para otros seres, malo. El que es asesino y ladrón, es malo para la víctima; pero aun en este caso es bueno para el perro, á quien acaricia y alimenta, y el perro no le muerde, le lame la mano. Qué me importaría á mí que fuese usted mala con toda el mundo, si me dijese usted: «¡Te quiero!»

MAT. ¡Calle usted, por Dios! Esas cosas no se dicen sin haber perdido la razón.

FER. ¡Pues la he perdido! ¿Me quiere usted? (Con desesperación amorosa.)

MAT. (Algo quebrantada.) Sí... le quiero á usted como a un amigo leal, como á un hermano, como á un ser muy bueno y muy noble que nos demuestra simpatía. Le profeso á usted afecto profundo... (Conteniéndose.) y me inspira usted profundo respeto.

FER. ¿Usted respetarme? ¡Respeto á mí! (Con enojo desesperado.) *¡El respeto*, barrera irritante é hipócrita, muralla de hielo, insulto al amor, escarnio de la vida! No, no me respete usted, Matilde. Oféndame usted, maltráteme usted como haría una mujer del pueblo con su amante. Cláveme usted las uñas y escúpame usted al rostro. El respeto es la mentira y el amor es la verdad. (Avanzando hacia ella.)

MAT. ¡Fernando! (Retrocediendo.)

FER. Perdóneme usted, no sé lo que digo. Perdón, Matilde, perdón. (Con acento humilde.)

MAT. ¡Pedirme usted perdón! No, yo no merezco tanto.

FER. Pues óigame usted sin enfadarse. ¿Me quiere usted algo? No digo mucho, digo un poquito: más que á los otros; distinguiéndome de todos; pensando alguna vez en mí.

MAT. (Sin poder dominarse.) ¡Siempre!

FER. ¡Matilde!

MAT. No, es un modo de encomiar el afecto. Siempre, no puede ser; usted comprende que no puede ser. Fernando, yo quisiera que fuese usted feliz, muy feliz; como tiene usted derecho á serlo.

FER. Pues mi felicidad...

MAT. Está en obedecer á su madre, en casarse con Enriqueta, en olvidarme á mí... ¡No, olvidarme á mí, no! (Con grito de pasión.)

FER. Respóndame usted á esto. Si no existiese Enriqueta ni tuviera usted para con ella las deudas que supone; si no estuviese usted tan agradecida á mi madre y tan obligada á obedecerla; si no repugnase á su conciencia de usted haber venido á esta casa á trastornar los planes de su bienhechora; si estuviésemos solos, sin lazos, ni compromisos, ni escrúpulos, y yo le dijese á usted: «Te amo. ¿Quieres ser mi esposa?» ¿Qué contestaría usted?

MAT Sí.

FER. ¡Al cabo! ¡Por fin!... ¡Mía!

MAT. No es eso. Iba á decir: *si* no existiese nada de lo que hoy existe, ni Enriqueta, ni su madre de usted, ni mis deberes, ni los de usted; *si* nada de lo que es fuese lo que es... entonces... entonces... Pero esto es disparatar, porque entonces... ¡qué sé yo lo que sucedería! Quizás le quisiera yo á usted con amor frenético y usted me odiase. No. ¡Basta, basta, Fernando! No deliremos. ¡Déjeme usted, por la Virgen Santísima! (Quiere irse, y Fernando vuelve á detenerla.)

FER No todavía no. Y si yo, casándome con Enriqueta, fuese muy desdichado, ¿qué preferiría usted? ¿Cumplir esos deberes de que hablábamos á costa de mi desesperación eterna, *ó faltar á ellos para que yo fuese feliz?* A esto debe usted responder: ¡Qué imbécil he sido, que no lo he preguntado antes! ¿Y entonces?

MAT. ¿Pero qué dice usted? ¿Que Enriqueta?...

FER. Sí; que yo no la quisiera; que ella no me quisiera tampoco; que fuese mala, traidora, hipócrita... ¡pobre criatura!, ya sé que no, pero es una hipótesis; que casándome con ella vinieran sobre mí deshonras y desesperaciones; en este caso, romperia usted por

todo, y por salvarme á mí sacrificaría usted á los demás?

MAT. Por salvarle á usted, porque sea usted feliz, soy capaz de todo, y lo doy todo: ¡mi vida, mi alma! Si ese caso llega, entonces verá usted de lo que es capaz Matilde. ¡Fernando, por usted!... ¡por usted!... (Con arranque insensato de pasión.)

FER. ¡Matilde!

MAT. (Conteniéndose.) ¡Calma, calma! Cuando llegue ese caso; hasta entonces, no. ¡Y ese caso no llega nunca! Y entretanto, si usted no cede en su empeño, me voy de esta casa.

FER. ¿A dónde?

MAT. No sé: á donde no me abrumen, á donde no me desesperen, á donde no me enloquezcan.

ESCENA V

MATILDE, FERNANDO y DON JUSTO. Ha oscurecido ya por completo

JUSTO ¡Aquí pronto! (Con voz colérica y tocando el timbre.)

FER. ¿Quién llama?

JUSTO Yo.

MAT. ¡Don Justo!

CRIADO ¿Qué mandan?

JUSTO Luces.

FER. (Procurando dominar su emoción.) ¡Ah!... ¿Es usted, don Justo?...

JUSTO Sí: don Justo, que no ve claro y quiere ver claro.

FER. Nada más justo que ese deseo de don Justo.

JUSTO Así me lo parece. (Entra un criado con candelabros ó toca el botón de la luz eléctrica.)

FER. Pues ya tiene usted luces.

JUSTO Tu madre se siente fatigada, y se ha retirado á sus habitaciones. Desea que vayas á hacer compañía á Enriqueta, a Julio y á don Lorenzo.

FER. Pues allá voy. Adiós. (A Matilde, en voz baja.)

Seguiré atormentándote, desesperándote... y ojalá enloquezcas.

MAT. (En voz baja también.) ¡Pues cumpliré mi amenaza!

JUSTO ¿No vas?

FER Sí, señor; al instante. (Sale por la derecha.)

ESCENA VI

MATILDE y DON JUSTO

JUSTO (Acercándose á Matilde, cogiéndole las manos y mirándola fijamente.) Mírame bien.

MAT. (Procurando sonreir.) ¿Por qué no?

JUSTO ¡Soy un imbécil, un imbécil de á folio!

MAT. ¿Sí? ¡Qué noticia, don Justo! ¿Y cómo se ha sabido eso? ¿Con que imbécil?

JUSTO Ni más, ni menos. Mira tú, con mis años, con mi malicia, con mi experiencia, con mis estudios, yo debía leer como en un libro abierto, en la frente de una joven. ¿No es verdad? Pues no sé leer, ó leo mal, ó leo al REVÉS. (Mirándola siempre y de cerca.)

MAT. ¿Por qué dice usted eso?

JUSTO Porque yo en esa frente no leo mas que *pureza*, *energía*, *voluntad para el bien*; pasiones, sí, pero nobles y honradas.

MAT. (Se desprende de él, que no ha cesado de mirarla un momento.) ¡Don Justo! (Con dignidad y enojo.)

JUSTO Soy brutal y grosero, ¿no es eso? Mira: á los que me son indiferentes, nunca les digo la verdad: si son seres insignificantes y vulgares, ¿qué gano con ser sincero? Pero á los que valen, ó yo creo que valen, á esos les digo siempre lo que pienso, por desagradable que sea. Si se golpea en el barro cocido, se rompe; si se golpea en el metal, por el sonido se conoce su pureza.

MAT. Pues no le comprendo á usted.

JUSTO Matilde, ha llegado para tí un momento de prueba. El mundo viene sobre tí, ó con sus calumnias, ó con sus justicias: defiéndete.

Si lo mereces, yo te ayudaré; si no lo mereces, ¡qué tristeza y qué desengaño!

MAT. Cada vez le entiendo á usted menos.

JUSTO Sí, pero yo me entiendo. Antes te decía: «¡resígnate, sufre!» Ahora te digo: «¡lucha!» Puede un *ser humano sacrificar su felicidad*, no debe *sacrificar su honra*. Yo al menos así lo entiendo.

MAT. ¡La honra! ¡Acabe usted, por Dios santo!

JUSTO Vamos despacio. Yo no quiero que, por una idea exagerada de tu deber, te des por vencida sin razón. Sí: tienes deudas de tu padre para con Enriqueta, pero los padres de Enriqueta también tenían deudas para contigo: á cada cual lo suyo. No quiero llevarte atada de pies y manos, como corderillo que se ofrece al sacrificio. Voy á darte valor si lo necesitas; voy á prestarte energía si te falta. Oye; esa mujer de que me hablabas antes, era tu madre.

MAT. ¡Bien decía yo! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

JUSTO Era pobre, era humilde; pero hubo una época en que tu padre la quiso, y se hubiera casado con ella. Los padres de Enriqueta, que entonces tenían amistad íntima con el tuyo, lo impidieron: como vulgarmente se dice, *se lo quitaron de la cabeza*.

MAT. ¡Ah!... ¿cómo? ¿por qué?

JUSTO ¿Por qué? por la clase humilde á que tu madre pertenecía. ¿Cómo? por el consejo, por la insistencia, *por el ridículo*... En suma, lo impidieron: de modo *que mal por mal*: estais pagados.

MAT. (Con ira y desesperación crecientes.) ¡No, no estoy pagada! *¡Por ellos* mi madre murió sin darme un beso! *¡Por ellos* la hija vivía en el lujo y la madre en la miseria! *¡Por ellos* me llevaban en el tren mientras una mujer quedaba en los andenes mirando, pero sin ver á la hija que se va para siempre! *¡Por ellos* aquella hija no está en los brazos de aquella madre, ni le separa la mano, ni le besa los ojos, ni se los besó á la hora de la

muerte; ni sabe en qué pedazo de tierra se deshace su cuerpo, ni puede decir siquiera cómo era su madre, porque el pañuelo de la cabeza le tapaba la cabeza y las puntas le tapaban la cara, mientras con ellas se secaba las lágrimas! ¡No, pagada, no! ¡Por algo, señor, por algo odiaba yo á Enriqueta! (Pausa, cae en el sofá abrumada por el exceso de pasión.)

JUSTO Ya no dejarás de defenderte ni por deber ni por sacrificio: ya estais iguales Enriqueta y tú. Ahora, caiga la que deba caer y alce su frente la que deba alzarla. (Pausa.)

MAT. ¡Mi madre!... ¡mi pobre madre! (Sentada y llorando.)

JUSTO Todo eso pasó. Vamos á lo que importa. ¡Ea, á lo que importa! ¡Deja la muerte! *¡La vida llama*, la lucha empieza! ¡Ea, atiende! (Sacudiéndola para que atienda.)

MAT. ¿A mí qué me importa ya todo eso?

JUSTO Sí te importa. ¿Quieres tú ser arrojada de esta casa ignominiosamente?

MAT. ¿Yo? (Levantando la cabeza con asombro é indignación.) ¿Yo arrojada?

JUSTO ¿Quieres tú que Fernando te desprecie como á la última de las mujerzuelas?

MAT. ¿A mí? ¡El! ¡Despreciarme! (Levantándose.)

JUSTO Sí.

MAT. ¿Por qué?

JUSTO Por lo que te despreciaría yo, por lo que te despreciarían todos.

MAT. ¿Pero qué es esto? ¿Qué quiere usted decir?

JUSTO Hay quien afirma, que no solo procuras atraer á Fernando, sino que tienes amores con Julio.

MAT. ¿Yo? ¡Oh! ¡Qué desatino! ¡Jesús! ¡qué desatino! (Con desprecio indiferente.)

JUSTO Siempre está junto á tí: siempre te busca. Todo el mundo lo ha notado. Hablais mucho los dos solos.

MAT. Es verdad, pero yo no tengo la culpa. Se acerca á mí como se acerca don Lorenzo. ¡Esa historia es ridícula!

JUSTO No es ridícula: es triste.

MAT. No es triste: es enojosa, es molesta, pero insignificante. No hablemos más de ella.

JUSTO Es preciso. Y haces mal en eludir esta conversación. (Con desconfianza.)

MAT. ¿Pero á qué conduce?...

JUSTO A saber la verdad.

MAT. Pues ya sabe usted que no es verdad.

JUSTO Es que dicen... No; afirman, afirman con hechos...

MAT. ¿Qué?

JUSTO Que Julio es tu *amante*.

MAT. Bueno: lo que dijo usted antes y yo contesté que no, que no, que es absurdo, que es risible, que á nadie se le puede ocurrir... (Sin comprender la intención de don Justo.)

JUSTO No basta que lo niegues: pruébalo.

MAT. ¡Don Justo!

JUSTO (Acercándose y en voz baja.) Algunas veces salís solas Fanny, Enriqueta y tú.

MAT. Sí, señor, ¿y qué?

JUSTO Vais á ver, pongo por caso, á la pobre Petra.

MAT. Es claro.

JUSTO Y una de vosotras se queda haciendo compañía á la enferma, y la otra se va con Miss Fanny.

MAT. Bueno: todo eso es verdad.

JUSTO ¿Quién se queda y quién sale?

MAT. Unas veces Enriqueta, otras veces yo.

JUSTO Pues hay quien afirma que, cuando sales tú, olvidando tu decoro y olvidando tu buen nombre, con tapujos de mujer liviana, vas á casa de Julio. ¡Ya lo dije!

MAT. ¡Yo! ¡Cómo!.. ¿Qué está usted diciendo?... ¡Ah!... no: ¡basta, basta! ¡No tanto, no tanto; yo no oigo eso! (Quiere marcharse y don Justo la detiene.)

JUSTO ¿Te indigna?... ¿Lo niegas? Entonces es Enriqueta, porque una de las dos va á casa de Julio: eso es evidente.

MAT. ¡Ella!. . (Con asombro.) ¡Enriqueta! ¡Dios mío! ¡qué vergüenza! ¡Qué desdicha! ¡No es verdad! ¡no es verdad! ¡Yo la defiendo! ¡Yo la defiendo!

JUSTO Y á tí, ¿quién?

MAT. ¡Yo no necesito que me defiendan, ni me defiendo tampoco! ¡Paso sin mirar siquiera! ¡Sigo sin saber á quién aplasto! Y las calumnias, por grandes que sean, se anegan en mi desprecio, que es mayor.

JUSTO ¡Mal camino! Las palabras no bastan. ¡Pruebas!

MAT. Búsquelas usted si á usted le interesan, á mí no.

JUSTO ¿Pues qué piensas hacer?

MAT. Defender á Enriqueta: lo que debo.

JUSTO Pues defiéndela, que ahí está. (¿Es comedia ó realidad? ¿Es sublime ó es astuta?)

ESCENA VII

MATILDE, DON JUSTO y ENRIQUETA; después FERNANDO y DON LORENZO

MAT. Pero, ¡y si fuese verdad! ¡Duda maldita! ¡Ah! Yo lo sabré esta misma noche. ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! ¡No!... ¡Fuera ideas infames, fuera odios mezquinos! (Corriendo al encuentro de Enriqueta y abrazándola.) ¡Enriqueta!

ENR. ¿Qué tienes? (Sorprendida y recelosa.)

MAT. ¡Que necesito quererte mucho! ¡mucho!... ¡pero mucho!

ENR. ¡Estás muy pálida!

MAT. ¡Tú también!

JUSTO ¡Las dos estais pálidas!

MAT. ¿Quieres que te dé un beso á ver si acude el carmín á tu cara?

ENR. Y yo á tí otro: porque tu cara trágica también necesita carmín.

JUSTO ¿Quién es el Cristo? ¿Quién es el Judas?

LOR. ¡Cuánto se quieren!

JUSTO ¡Mucho!

FER. ¡*Qué grupo tan encantador!*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoroción de los actos anteriores

ESCENA PRIMERA

DOÑA CONCEPCIÓN y DON JUSTO

CONC. Yo quiero que usted me aconseje, don Justo.

JUSTO Si yo no sirvo para aconsejar; si yo no sirvo para nada.

CONC. Usted sabe muchísimo; usted conoce el mundo: mira usted á una persona á la cara, y en seguida adivina usted lo que piensa.

JUSTO Me confunde usted, doña Concepción; pero se hace usted ilusiones respecto á mis aptitudes adivinatorias.

CONC. ¡Vaya, vaya! Pues si con lo que ha estudiado don Justo no supiese lo que hay en la cabeza de una chiquilla, buenos estábamos.

JUSTO Sí, señora, he estudiado bastante; pero en los libros: ¡y en los libros está todo tan claro, tan arregladito! Los renglones en línea recta, las letras muy ajustadas: donde debe haber coma, coma; donde debe haber punto, punto. En cambio, en una cabeza, y, sobre todo, si es cabeza de mujer, ¡averigüe usted dónde están las comas, y, sobre todo, dónde están los puntos! ¡Cabezas sin ortografía, doña Concepción!

CONC. A mí no me diga usted: usted es capaz de contarle los pelos al diablo.

JUSTO Sí, señora, yo soy capaz de contarle los pelos al diablo, con diferencia de dos ó tres; y de decirle á usted lo que pesa el sol adarme más ó menos; y de medirla la distancia de aquí á cualquier estrella, sin que me falte ó me sobre una pulgada. Pero cuando miro la cara monina de una mujer, yo no soy capaz de distinguir si la idea que brilla en aquellos ojos brilla con la luz divina del cielo ó con el resplandor del fuego fatuo que juguetea sobre el pantano.

CONC. Eso lo dice usted por modestia, pero bien penetra usted las intenciones.

JUSTO No, señora; me equivoco de cien veces, ciento dos. Y si no, á la prueba me remito: yo he pensado siempre que Matilde era una mujer admirable de pureza, de dignidad y de carácter. Apasionada, sí; pero con nobles apasionamientos.

CONC. Pero, hombre de Dios, ¿todavía cree usted que Matilde es una inocente paloma?

JUSTO Antes lo creía: ahora lo dudo.

CONC. Vamos á cuentas: siéntese á mi lado y óigame con imparcialidad.

JUSTO Ya estoy y ya oigo. (Sentándose junto á doña Concepción.)

CONC. ¿No es cosa que han notado todos la constancia con que Julio buscaba la compañía de Matilde?

JUSTO Sí, señora.

CONC. ¿A quién se acercaba más, á Enriqueta ó á Matilde?

JUSTO A Matilde.

CONC. Bueno: ¿usted cree que don Lorenzo es capaz de inventar la historia tristísima que nos refirió? ¿Don Lorenzo es un malvado? ¿es un calumniador de oficio?

JUSTO No, señora: no es capaz de hacer daño, pero es capaz de recrearse en el daño de los demás. No es un malvado *activo*, pero es un *reservista* de la maldad.

CONC. ¡Ah, qué terco!.. Pero sigo; quiero tener calma. ¿Le dió á usted explicaciones satisfactorias Matilde?

JUSTO No me las dió.

CONC. Corriente: y cuando la otra noche, abrumada por la pena, me retiré á mi cuarto, ¿no aprovechó la ocasión esa chica para pedir permiso á Fernando, y no se fueron las tres, Fanny, Enriqueta y Matilde á ver á Petra, y no se fué Julio tras ellas?

JUSTO Eso nada prueba: se fueron las tres.

CONC ¿Cómo que no? ¿Quién tomó la iniciativa? ¿quién mostró más interés en la escapatoria? ¿quién solicitó el permiso de Fernando?

JUSTO (Abrumado.) Matilde, es verdad.

CONC. ¡Ya! Y, en fin, ¡si es la evidencia! cuando al día siguiente despedí á Fanny, ¿no lo confesó todo? ¿no dió á entender... no dijo que era Matilde la de la aventura? ¿Qué más?

JUSTO Le diré á usted: en primer lugar, pudo estar sobornada por Enriqueta, que de esto se ha visto mucho.

CONC. ¡Don Justo!... Vamos, no siga usted. ¡Es ya demasiado!

JUSTO Además, Fanny debió pensar que encontraría usted menos malo, que la del gatuperio fuese Matilde, que no Enriqueta. Con Matilde había la excusa de que ya no es una niña, de que al fin y al cabo no es de su familia de usted, de que está acostumbrada á la libertad de las jóvenes americanas. Y nada de esto pudo alegar como excusa respeto á Enriqueta.

CONC. Bueno, pues no sigamos: se me acabó la paciencia.

JUSTO Me pedía usted un consejo...

CONC. Pues ya no lo necesito. Poco á poco preparo á Fernando.

JUSTO ¡Doña Concepción!

CONC. No, si ya empecé. Y en el momento oportuno se lo digo todo: hago que comprenda qué clase de mujer es Matilde, y mato con el desprecio su amor insensato. Y Fernan-

do, que es un espíritu noble y recto, la despreciará, no le quede á usted duda, la despreciará.

JUSTO Si Matilde merece su desprecio, bien hará en despreciarla.

CONC. ¡Ya lo creo! Y para cortar de una vez, Matilde sale de esta casa. No la abandonaré, ¿estamos? pero en mi casa no sigue esa mujer.

JUSTO Si esa criatura es inocente, ¡qué infamia va usted á cometer y estamos cometiendo todos!

CONC. Pero hombre obstinadísimo, ¿no está usted convencido?

JUSTO No quisiera estarlo, sépalo usted. Resisto y lucho. (Levantándose con ímpetu, con todo el ímpetu que le permite la edad.) Yo la quería como si fuese mi propia hija, se lo juro á usted, y procuraba alentarla en sus sacrificios para que alcanzase mayores perfecciones. Después de tantos desengaños y de tantas misarias, de rozarme con tantos caracteres ruines, de sentir el vaho de tantas conciencias impuras; después de abrirme paso durante setenta y seis años por entre multitudes vulgares y egoistas, encogiéndome mucho para que no me tocasen, allá, al fin de mis días, encuentro, ó creo encontrar, un ser noble, puro, firme, cuya mirada no es engañifa del alma, cuya mano no es tentáculo que se pega, y pienso: «¡Ah, qué consuelo sentir este rocío en la frente antes de que la tierra, cuando en ella caiga, me la embadurne de barro!» Y ahora quieren ustedes convencerme de que todo es mentira. Doña Concepción, cuesta mucho creerlo.

CONC. Se imaginó usted que Matilde era un ángel, y se encuentra usted con que es... ¡lo que es! Pues amigo, quien mal escoge que no se queje.

JUSTO Déjeme usted en paz, señora. (Poniéndose irritado.)

CONC. ¡Si es que cierra usted los ojos á la evidencia! Hasta el haberse marchado Julio de

pronto, no se sabe dónde, porque la verdad es que nadie lo sabe, ¿qué es si no un artificio de Matilde para alejar á su cómplice?

JUSTO De Matilde, ó de... quien sea.

CONC. No siga usted, porque vamos á acabar para siempre. (Muy irritada.)

ESCENA II

DOÑA CONCEPCIÓN, DON JUSTO, DON LORENZO y CRIADO

CRIADO (Anunciando.) ¡Don Lorenzo!

CONC. Que pase, que pase; éste traerá algo. (Sale el criado.)

JUSTO Ya nos traerá algún disgusto.

LOR. ¡Doña Concepcion!... (Saludándola.) Siempre suyo, don Justo.

CONC. ¡Mi buen amigo! (Muy cariñosa.)

JUSTO ¡Felices días! (Con mal humor.)

CONC. Trae usted la cara triste. ¿Verdad, don Justo, que trae la cara triste don Lorenzo?

JUSTO (Mirando á don Lorenzo.) La de siempre.

LOR. Es que pesaba sobre mí una gran responsabilidad. Es mi sino: ¡sobre mí vienen todas las responsabilidades!

CONC. ¿Cómo es eso?

LOR. Sí, señora. Yo lancé sobre Matilde una acusación formidable: hice justicia, pero dicté la sentencia, y una sentencia abruma al que la dicta.

CONC. Cumplió usted conmigo y con mi familia un deber sagrado de amistad.

LOR. Sí, señora; pero ¿y si me hubiese equivocado?

JUSTO ¡Ah! ¿tiene usted dudas? (Acercándose con interés y algo de esperanza.)

LOR. Ya, no.

CONC. ¿Lo ve usted? (A don Justo.)

LOR. Quise tener la evidencia, y la tengo por desgracia. Estoy tranquilo, pero estoy triste.

CONC. ¿De modo que tiene usted pruebas terminantes?

LOR. *Terminantes*. Yo soy amigo de una familia

que vive en casa de Julio... donde vivía Julio, que el galán ya desapareció.

CONC. ¿Y qué?

LOR. Que he procorado enterarme. Personas de esa familia han visto á Matilde hace tres noches bajar de casa de Julio. La conocen perfectamente: no cabe ni la más remota duda. Usted misma, si usted quiere, puede enterarse. (A doña Concepción.) Y yo referiré á ustedes todos los pormenores. (Preparándose con solemnidad.) A eso vengo.

JUSTO No, á mí, no: yo no quiero saber nada. Cuentos, chismes, espionajes, delaciones, me repugna. Ya sé que en la trama de la vida entra esa urdimbre grosera por mucho; que dolores y desengaños del alma se entretejen á esas miserias. Pero yo no quiero oir su relación de usted. (A don Lorenzo) Ni quiero saber más sobre el asunto. A doña Concepción, á doña Concepción: á mí, no. Si va usted á contarlo me voy.

CONC. ¡Y se precia usted de imparcial y de justiciero! (A don Justo.) Lo que usted no quiere es que le hablen mal de Matilde. Venga usted, don Lorenzo. En mi gabinete me lo referirá usted todo.

LOR. Yo no creo haber faltado á mi señor don Justo. ¿Es tanta mi desgracia que le he faltado á usted?

JUSTO No, señor; no tiene usted esa desgracia: de la lista de sus desgracias puede usted rebajar ésta. No, señor; no me ha faltado usted: *al contrario...* (Con intención, porque lo contrario de faltar es sobrar.)

LOR. Eso es otra cosa: porque don Justo, yo... (Sin haber comprendido la indirecta.)

JUSTO ¡Sí, señor... usted!... ¡Usted!... ¡Ea! ¡Enriqueta!

ESCENA III

DOÑA CONCEPCIÓN, DON JUSTO y DON LORENZO; ENRIQUETA entra un tanto apresurada y mirando hacia atrás

CONC. ¿Qué tienes, hijita? Vienes pálida.

JUSTO Parece que Enriqueta viene huyendo. ¿Quién persigue á la niña tímida?

ENR. Ella: Matilde. Hace tres días que está así.

LOR. Desde la última noche que fueron ustedes á ver á Petra, ¿no es cierto?

ENR. Sí, señor; y no sé por qué es esto. Precisamente aquella noche, antes de salir de casa, estuvo tan amable, tan cariñosa... ¡como nunca! ¿Verdad, don Justo?

JUSTO Sí, ya me acuerdo.

ENR. Volvimos... y era otra.

LOR. (Naturalmente: sabe que *fué descubierta* y las consecuencias la espantan.) (A doña Concepción aparte.)

CONC. (Aparte.) (Usted puso el dedo en la llaga.)

JUSTO ¿Y qué te dice?

ENR. Nada: es la manera de buscarme, de estar mirándome horas y horas. Parece que quiere decirme algo... y no me dice nada.

CONC. (Aparte, á don Lorenzo.) (Es que querrá confiárselo todo á Enriqueta, pedirle consejo y pedirle protección... Y vacila, y teme, y le da vergüenza.)

LOR. (A doña Concepción.) (Ahora es usted la que puso el dedo en la llaga.)

CONC. (Aparte, á don Lorenzo.) (¡Los dos, los dos lo hemos puesto!...)

ENR. ¡Ay, madre mía, Matilde me da miedo!

CONC. ¡No tengas miedo, corderilla! ¿No estamos nosotros aquí para defenderte?

JUSTO ¿Sabes tú lo que debías hacer? Afrontar el peligro, salirle al encuentro y decirle: «Aquí estoy. ¿Qué me quieres?» Y á ver lo que quería.

CONC. No, señor. ¡Para que Matilde le diese un disgusto! Ya que usted (A Don Justo.) no quie-

re oir lo que don Lorenzo va á contarnos, quédese haciendo compañía y protegiendo á Enriqueta! ¡Pronto volveremos, hijita! Vamos, don Lorenzo.

LOR. Estoy á sus órdenes. (Aparte á don Justo.) (¡Triste misión la mía don Justo!)

JUSTO ¡Triste misión, señor don Lorenzo!

CONC. No tengas miedo.. Hasta ahora... Cuídela usted, don Justo. Vamos, vamos, don Lorenzo.

LOR. Vamos, doña Concepción.

ESCENA IV

ENRIQUETA y DON JUSTO

ENR. (Pausa.) Está usted pensativo, don Justo.

JUSTO Sí lo estoy; pensativo y dudoso.

ENR. ¿Por qué? ¡Ay! Perdone usted, yo no debo interrogarle. (Con humildad.)

JUSTO Sí, hija, puedes interrogarme. Estoy pensativo y dudoso, porque no sé qué hacer, si quedarme aquí contigo y con Matilde, que, según digiste, vendrá persiguiéndote, y que representáis la *inocencia*, ó seguir á don Lorenzo, que representa la *malicia*, y ahora mismo estará contando... ¡qué sé yo las cosas que le estará contando á doña Concepción! ¿Tú, que me aconsejas?

ENR. No sé; no le comprendo á usted.

JUSTO Pues no puedo dar más explicaciones.

ENR. Bueno.

JUSTO ¿Tú eres curiosa? Dicen que las mujeres son muy curiosas.

ENR. Pues yo no soy.

JUSTO Porque tú eres un compendio de todas las perfecciones; pero yo... yo soy un almacén viejo de todos los defectos, y soy muy curioso. Enriqueta, me estoy muriendo por oir lo que cuenta don Lorenzo; y el caso es que me repugna oirlo. No quisiera entrar en el gabinete de doña Concepción, que es donde

se celebra el conciliábulo, y los pies me llevan. Así somos todos.

ENR. ¿Por qué se ha de contrariar usted? Si tanta curiosidad siente, vaya usted.

JUSTO ¡Ea, pues me voy! Mira, y te dejo con Matilde, que ya viene. ¡Valor! Le haces frente Le dices: «Aquí estoy. ¿Qué me quieres?» ¡Y á ver... lo que te quiere!

ENR. Sí, señor.

JUSTO Pues hasta luego. (Aparte.) (¡Que choquen! ¡Que luchen! ¡Que se pongan á prueba las dos... y á ver qué resulta!) (Sale.)

ESCENA V

ENRIQUETA y MATIDE

ENR. ¡Me da miedo! ¿Lo sabrá todo? ¿Pero cómo? ¡Calma, calma! Si no me defiendo yo, no ha de defenderme nadie.

MAT. ¡Al finte encuentro sola! ¡Hace tres días que huyes de mí! ¿Por qué huyes?

ENR. ¿Yo? ¿Huir? ¿Por qué? Que tú no me quieres, ya lo sabía: pensé por un momento que habías cambiado; después he visto que no. Me da tristeza, pero no miedo. Por muy mal que me quieras, no has de darme muerte, Matilde. (Sonriendo.)

MAT. ¿Quieres que una vez en la vida hablemos con franqueza?

ENR. Yo hablo siempre de ese modo que dices: tú eres la que me ocultas lo que piensas.

MAT. Pues hoy no he de ocultártelo.

ENR. ¿De veras?

MAT. Te lo juro. (Pausa.)

ENR. (Acercándose con mimo.) ¿Y por qué no hemos de ser amigas? ¿Quieres darme un beso?

MAT. (Rechazándola.) No, hoy no; hoy mi beso sería falso, como el de Judas. No, Enriqueta.

ENR. ¡Bueno! ¡Me rechazas! ¡Como quieras! (Con humildad.)

MAT. ¿Vas á contestar á mis preguntas?

ENR. Sí. ¿Pero querrías tú antes contestar á las mías?

MAT. Contestaré; no rehuyo el interrogatorio.

ENR. (Acercándose y en voz baja.) ¿Amas á Fernando?

MAT. Sí, lo confieso: le amo. Hace algunos días no me hubiera atrevido á confesarlo; hoy puedo decirte la verdad: le quiero con toda mi alma.

ENR. (Tristemente.) Lo sabía: lo sabe todo el mundo... Espera, no he concluído. ¿De modo que quieres destruir mi porvenir, mi única esperanza, mi suprema ilusión? Porque yo tambien le amo.

MAT. ¡Tú! (Riendo con sarcasmo.)

ENR. ¿No tengo yo también derecho para querer á Fernando? ¿Por qué te ríes con esa risa fría y cruel?

MAT. Porque tú no le quieres: *codicias* la posición, el porvenir y las *riquezas* de Fernando.

ENR. ¿Y tú no?

MAT. Yo, no. Oye, Enriqueta: yo no quiero arrebatarte á Fernando, como supones. Pero yo *no quiero, no quiero, no quiero* que Fernando se case contigo. Saldré de esta casa, te quedarás tú sola, no veré más á Fernando, sacrificaré toda mi ilusión, ¡que esta sí que es ilusión, y no la tuya!, pero renuncia á esa boda... boda ¡que es imposible!, tú lo sabes, ¡que es imposible!

ENR. Pero si tú renuncias á Fernando, ¿por qué he de renunciar yo también? (Con mucha candidez fingida.)

MAT. Porque él es bueno, noble, honrado: Porque merece ser feliz; porque yo quiero que sea feliz... y contigo... contigo...

ENR. ¡Acaba! ¿Qué?

MAT. Contigo no lo sería. (Procurando dominarse, pero se ve que está á punto de estallar.)

ENR. ¡Cómo penetras el porvenir! (Con ironía dulce.)

MAT. No es que penetro el porvenir, es que *conozco* lo pasado. (Pausa. Se miran fijamente.)

ENR. Yo creo que no estás en tu juicio, Matilde.

MAT. Mira, renuncia á Fernando y yo seré tu amiga, tu hermana, tu esclava.

ENR. No pido tanto.

MAT. Pues yo sí: te pido que no te cases con él. Porque yo no puedo sacrificar la felicidad, el porvenir y la honra de Fernando. Porque le quiero más que á mí misma, más que á mi deber, más que á todas mis obligaciones, más que á todo el mundo. Y tú no puedes, no debes ser su esposa, y *tú lo sabes.* (Acercándose á ella nerviosa, delirante, casi amenazadora.)

ENR. ¡Yo qué hago, Dios mío, para merecer tu enojo!

MAT. ¡No seas hipócrita, porque tus hipocresías y tus dulzuras fingidas me enloquecen! No puedes casarte con Fernando, porque quieres á Julio; porque mientras yo me quedo con Petra, tú vas, aprovechando la oscuridad de la noche y los tapujos del manto, á casa de Julio; porque yo lo sé, porque la otra noche te seguí, me encharqué en tu fango, entré en el portal, y agazapada en un rincón de la escalera, como una miserable, te ví escapar muy aprisa; porque á tu infamia le apliqué mi espionaje y á tu tenacidad ladina opondré brutalmente mi desesperación y mi amor á Fernando. No quería decirte nada de esto, pero tú me has obligado, Enriqueta. Cuando volví á casa de Petra, donde ya me esperabas, y me preguntaste dónde había estado, me dió vergüenza decirte la verdad. (Fuera de sí. Es la lucha de un reptil «Enriqueta», y de una leona «Matilde».)

ENR. ¿Pero tú crees todo eso que has dicho? ¿Lo crees de buena fe, ó lo inventas para perderme? (Con asombro muy bien fingido.)

MAT. ¿Pero tú lo niegas?

ENR. ¿Pero tú lo afirmas?

MAT. ¡Si lo he visto! ¡Si te he visto! (También ella se asombra del cinismo de Enriqueta.)

ENR. ¿A mí? ¿Me has visto á mí? Me has visto salir... ¿de dónde dices? (Como si la repugnase el pronunciar el nombre de Julio.)

MAT. ¡Como te estoy viendo ahora!

ENR. ¿Por qué no te acercaste á mí, y entonces no hubiera podido negar? (Mezcla de osadía, desafío y tono de inocencia.)

MAT. ¡No sé... no sé qué contestarte! ¡Me asombras!... ¡Me anonadas!... ¡Me enloqueces!... ¡Hay momentos, Enriqueta, en que, ahogando, matando, debe una desahogarse mucho!... ¡Se comprende, se comprende que los hombres maten!

ENR. ¡Por algo te tenía yo miedo!

MAT. ¡Vete!... ¡Vete!... ¡Por Pios!... ¡Déjame!

ENR. ¿Pues yo qué te he dicho? Que debías haberte acercado á mí... y si de buena fe te equivocabas, hubieras salido de tu error. (Dice esto dulcemente, pero alejándose.)

MAT. ¡Enriqueta! (Se precipita sobre ella, la coge por un brazo y la trae al primer término.) ¡Eras tú... eras tú!... Y no me acerqué, como pensaba, porque sonó una puerta y salieron unas señoras, creo que las de Mendoza... y no quise perderte!...

ENR. Y esas señoras, ¿te vieron? (Con alegría contenida.)

MAT. No sé: creo que sí.

ENR. ¡Entonces, no pudiera ser que *inventases todo eso* para justificarte, perdiéndome á mí, si acaso te vieron y se sabe! (Con infernal astucia.)

MAT. ¡Ah... la niña cándida!... ¡tú sí que me vas dando miedo! (La empuja hacia el sofá y la hace caer.) ¡Tú la mujer de Fernando!... No, eso no, eso no será: eso yo lo impediré. ¡Lo impedirán mis celos, mis odios! ¡porque yo te odio, francamente! ¡Y te desprecio con todo el desprecio de que soy capaz! (Está inclinada sobre Enriqueta como leona que va á despedezar á su presa.)

ENR. (Llorando ó fingiendo que llora.) ¡Dios mío... Dios mío!... ¡Cómo puedo defenderme... quién me defenderá!.

ESCENA VI

MATILDE, ENRIQUETA y FERNANDO

FER. Pero qué es eso, ¿estais riñendo?

ENR. Yo, no, es ella: ella que se enoja conmigo, y me amenaza, y me maltrata, y me hace llorar: yo creo que no está en su juicio.

FER. ¿Qué dice usted, Matilde? (Siempre sonriendo, sin dar mucha importancia al suceso: para él son dos niñas que riñen.)

MAT. Que tiene razón, no estoy en mi juicio.

FER. Pero, ¿por qué ha sido?

ENR. Que lo diga ella. (Pausa. Enriqueta y Matilde se miran fijamente, es una lucha suprema.)

FER. Ella nada dice. (Sin dejar el tono de broma.)

ENR. Se ofendió porque la hablé de Julio... pero fué en broma.

MAT. ¡Ah!... (Ríe con risa nerviosa y sosteniendo una tremenda lucha consigo misma; aparte.) (Conseguirá que me vueva loca.)

FER. Ya pasó todo.

MAT. ¡No, no puede ser: esta situación es imposible!

ENR. ¡Otra vez! ¡Perdona, Fernando, voy con tu madre: tu madre no me maltrata, me acaricia: *¡cree todo lo que le digo!* (Con intención.) Adiós, Matilde, no te guardo rencor. (Con dulzura: aparte á Matilde.) (No tengas miedo: si te arrepientes, no le contaré nada: y si es preciso, *intercederé por tí.)* Dices bien, Fernando: ya pasó. Ya sequé mis lágrimas. Soy una niña, ¿verdad? (Sale.)

ESCENA VII

MATILDE y FERNANDO

FER. ¡Una niña; pero qué buena!

MAT. Muy niña, ¿no es cierto? ¡Muy simpática, muy digna de ser amada y de llevar su nombre de usted! (Con desgarradora ironía.)

FER. Simpática y buena, ¿cómo negarlo? Digna de ser amada... por quien se enamore de ella. Por mí, no; ya lo sabe usted.

MAT. (Con alegría.) ¿De veras?

FER. ¿Usted lo duda? ¿Pero qué es esto, Matilde? ¡Cien veces me ha aconsejado usted que me enamore de ella, que me case con ella. Y hoy... hoy... ¡no me atrevo á creerlo!... ¿hoy no quiere usted que me case con Enriqueta? (Con asombro y alegría.)

MAT. (Resueltamente.) No: no se case usted, Fernando.

FER. ¿Por qué? Mire usted, Matilde, que sus palabras, con ser duras y secas, y casi desesperadas, me suenan á gloria. Usted no quiere que me case con otra mujer; usted, con ser la bondad misma, siente odio por esa criatura y la atormenta. ¿Por qué, Matilde, (Con ansiedad y esperanza.) ese enojo contra Enriqueta? No me atrevo á decirlo: temo ser vanidoso y ridículo... ¿Será?... ¿lo digo? ¡Perdóneme usted!... A quien la quiere como yo, con todos los arrebatos de la pasión y todas las ternuras del cariño, algo se le debe perdonar. ¿Serán celos? ¡Diga usted que sí!

MAT. Suponga usted que lo sean; (Procurando sonreir.) suponga usted que le pido, por lo que más ame en el mundo, por su madre de usted, por su honra de caballero, por la simpatía que yo pueda inspirarle, *que no se case usted con Enriqueta*, ¿atenderá usted á mi ruego? Mire usted que se lo suplico con la suprema angustia de la desesperación.

FER. ¡No me casaré! ¡No me casaré con ella!

MAT. ¡Gracias, Fernando! ¡Me quita usted un peso horrible!

FER. No me casaré con ella. Suceda lo que quiera: mande mi madre lo que mande. Seré caballero desleal, hijo rebelde, pero con una condición.

MAT. ¿Cuál?

FER. La de que ha de ser usted mi esposa. Con esa condición, sí; sin esa condición, no. (Se ve que quiere obligarla.)

MAT. Pero eso es imposible. Eso me humillaría, me envilecería á mis propios ojos. ¡Quitarle su novio á Enriqueta, quitárselo para mí!... ¡No, Fernando; jamás! ¡Yo no puedo hacer esas cosas!

FER. (Desesperado.) Pues entonces, si su *vanidad* de mujer recta y honrada pesa más en usted que su *amor;* si no quiere usted sacrificar por mí escrúpulos ridículos, ¡entonces obedeceré á mi madre, me separaré de usted para siempre! (Con crueldad y ensañamiento.) ¿Lo oye usted? ¡Y usted lo habrá querido! ¡Y asistirá usted á la boda, ya que tan indiferente le soy! ¡y usted misma le pondrá á Enriqueta el velo de desposada! ¡Y usted irá impasible á despedirnos cuando emprendamos *ella* y yo nuestro viaje de novios! ¡Y usted y yo nos moriremos de desesperación!

MAT. ¡Fernando, Fernando, no me desespere usted! ¡Si usted me comprendiera! ¡Si usted viese dentro de mí qué batalla tan horrible! (Oprimiéndose la cabeza con las manos.) Yo veo á mi padre moribundo diciéndome: «Matilde, yo hice mal, mucho mal á esa familia; si llega la ocasión, *sacrifícate por ellos*; júramelo, hija, júramelo.» ¡Y yo juré y besé sus cabellos blancos; y ahora mismo, cuando le digo á usted que abandone á Enriqueta, siento que aquellos cabellos blancos se me pegan á los labios, como si quisieran coser con hilos de plata estos labios perjuros, como si quisieran helar con su hielo de muerto mis palabras impías! (Rompe á llorar.)

FER. ¡Matilde!

MAT. Y al mismo tiempo veo una pobre mujer.. ¡si es que no la veo!.. Muriendo en la miseria y en la soledad... ¡Si es que tampoco sé si ha muerto!... Y diciéndome con el hipo de la agonía: «¡Esa familia maldita nos ha separado; has de vengar á tu madre, ó no sabes ser hija!» ¡Y siento que el odio me sube á los labios y borra con hiel el último beso de mi padre!

FER. ¡No le comprendo á usted, Matilde!

MAT. Y al mismo tiempo mis celos, ¡porque son celos! ¡créame usted que son celos! ¡Cuando yo lo digo!... ¡Yo no quiero decir nada contra Enriqueta!... Pero, Fernando, yo le quiero á usted más que á mi vida, y quiero verle á usted feliz y honrado... ¡Fernando, no se case usted con esa mujer!

FER ¡Pues escoja usted! ¡Ha llegado el instante supremo! Escoja usted ahora mismo, porque si no, pronto, muy pronto me caso con Enriqueta. Todo está preparado; mi madre lo manda... No importa; yo la desobedezco si tú quieres, ¡pero has de querer! (*Con extraordinaria pasión.*)

MAT. ¡Por Dios, Fernando, que no puedo más!

FER. ¡Pues decídete; si no, mañana, mañana es ella mi mujer. ¡Mía para siempre! ¡Ella, en mis brazos, amándola y amándome... y tú, lejos! ¡Ella, mi esposa honrada!... ¡Tú, el recuerdo que se borra!... ¡Yo, en el hogar doméstico rodeado de dulzuras!

MAT. ¡De dulzuras!...

FER. ¡De dulzuras! ¡Porque Enriqueta es un ángel!

MAT. ¡Un ángel!

FER. Sí.

MAT. ¿Y darás tu nombre, tu honra, tu porvenir... á esa... á esa mujer?

FER. Mañana mismo. ¡Conque escoge, escoge!

MAT. ¡Pues sea! ¡Sí, tuya; como tú quieras! (*Ya loca.*) ¡Tu esposa, tu amante, tu esclava! Todo me es indiferente; pero no te cases con Enriqueta!

FER. ¡Ah! .. ¡Por fin!... ¡Con ella, no; contigo!

MAT. No sé si hago bien ó si es una infamia esto á que me precipito; pero por tí es, por salvarte de la desesperación.

FER. Matilde, salgamos ahora mismo de esta casa.

MAT. ¡Salir de esta casa! ¿Por qué? ¿A dónde me llevas?

FER. ¡No temas! ¡No quiero que quedes aquí, para que no te atormenten, y para que no te arre-

pientas! Te llevo á una casa digna y honrada: á la casa del que fué mi tutor, casi mi padre; en ella estarás hasta el día de la boda.

MAT. ¡Yo no sé!... ¡Yo dudo!... ¡Dios mío, qué voy á hacer!

FER. ¿De la desesperación quieres salvarme, y dudas?

MAT. No, todo por tí; ¡de la desesperación y la deshonra te salvo!... ¡Vamos!

FER. ¡Sí, vamos!

ESCENA VIII

MATILDE, FERNANDO y DON JUSTO

JUSTO (Cerrando el paso.) ¿A dónde vais?

FER. Ni es usted mi padre, ni mi pariente, ni tiene usted derecho para interrogarnos; (Previniendo un movimiento de don Justo.) pero el no contestar podría argüir temor, y voy á contestarle á usted. Salgo con Matilde para dejarla en una casa tan honrada como ésta, en la cual vivirá hasta el día de *nuestra boda.*

JUSTO ¡Ah! ¿Dices... *de vuestra boda*.... ¿De qué boda?

FER. De la nuestra. (Señalando á Matilde.)

JUSTO Ya lo comprendo. ¿Y ella consiente?

FER. Cuando usted llegó, decía: «¡vamos, vamos pronto!»

JUSTO No tengo nada que oponer: ni soy vuestro padre, ni vuestro pariente... *ni vuestro amigo.* (Con la frialdad del desprecio.)

MAT. (Cubriéndose el rostro.) ¡Qué cruel es!

FER. Pues si nada de eso es usted, y yo no disputo títulos que se me niegan, ó que se niegan á la que ha de ser mi esposa, déjenos usted salir.

JUSTO No soy vuestro amigo; pero soy amigo de tu madre, (A Fernando.) y traigo una comisión suya.

FER. Luego desempeñará usted esa comisión. ¡Matilde!... (Queriendo salir con ella.)

JUSTO — No, ha de ser ahora.

FER. — ¿Con qué derecho?

JUSTO — Con el que me da tu madre.

FER. — ¿Y qué quiere mi madre?

JUSTO — Hablarte ahora mismo sobre un asunto gravísimo. Eso dice ella. Creo que se trata de esta señorita.

MAT. — ¿De mí?

JUSTO — De usted. ¿Pero se ha puesto usted pálida? (Es que Matilde recuerda las amenazas dulzarronas de Enriqueta, y ve que algo terrible se le viene encima.)

FER. — (Acudiendo á ella.) ¡Matilde!

MAT. — No, no es nada. Fernando deme usted un brazo y salgamos de esta casa.

FER. — Tienes razón.

JUSTO — ¿Teme usted, señorita, que Fernando hable con su madre... y de usted precisamente... antes de que se comprometa Fernando en esa escapatoria que he sorprendido? (Con ironía profunda.)

FER. — ¡Don Justo!... pido respeto para ella.

JUSTO — Yo también lo quisiera.

FER. — ¡Don Justo!

MAT. — Vaya usted, Fernando; yo esperaré.

FER. — No, Matilde; tú eres lo primero.

MAT. — No, Fernando; su madre de usted es antes.

FER. — Luego vendré.

MAT. — No, ahora; si no, no salgo de esta casa. Cuanto más pronto vaya usted, más pronto saldremos.

FER. — ¡Pues sea! Aguárdame. No tardaré mucho. ¡Y si piensan separarme de tí, grandemente se equivocan! (Sale.)

ESCENA IX

MATILDE y DON JUSTO. Pausa prolongada en que se miran los dos. Esta primera escena muda queda encomendada á los actores

MAT. — ¿Me mira usted con enojo, don Justo?

JUSTO — No, la miro á *usted* con tristeza.

MAT. — Me hablaba usted antes como se habla á una hija. Decía usted: *oye, tú,* Matilde.»

JUSTO — Pues era un error, ó una ligereza, ó una falta de respeto.

MAT. — ¿Me respeta usted ahora más? (Pausa.) ¿No me contesta usted?

JUSTO — A una mujer, sólo por serlo, se le debe ya respetar; y yo respeto siempre, á todo el mundo, todo lo que puedo.

MAT. — ¿Qué piensa usted de mí?

JUSTO — Nada; como yo casi siempre me equivoco al juzgar á las personas, he resuelto no pensar nada sobre ellas en adelante.

MAT. — ¿Y qué piensa usted de lo que... de lo que le ha dicho á usted Fernando?

JUSTO — ¿De eso de la boda?

JUSTO — Como aún no está hecha, no tengo nada que pensar sobre ella.

MAT. — El es libre, yo soy libre; queremos los dos, ¿quién puede impedirlo? (Con energía, casi con fiereza.)

JUSTO — El arrepetimiento.

MAT. — ¿El mío? Yo no me arrepiento. Cumplo como debo, aunque usted no lo crea. Y salvo á un hombre de honor y á un hombre á quien amo, y á quien haré feliz, aunque tenga que darle mi vida. Y, sobre todo, es la única manera: no me arrepiento.

JUSTO — No se esfuerce usted: *con su arrepentimiento de usted no contaba.*

MAT. — ¿Pues con cuál?

JUSTO — Con el de Fernando.

MAT. — Porque Fernando lo ha exigido, iba con él.

JUSTO — Puede cambiar de opinión.

MAT. — ¿Y cómo?

JUSTO — Oyendo á su madre.

MAT. — ¿Pues qué le dirá su madre?

JUSTO — Pronto lo sabrá usted, porque supongo que él ha de venir.

MAT. — ¿Pero usted lo sabe?

JUSTO — Lo sé.

MAT. — ¿Y no puede usted decírmelo?

JUSTO — Me repugna humillar á quien antes enaltecí.

MAT. — Si no merezco ser enaltecida, *no merezco ser humillada.*

JUSTO Pues prepárese usted á serlo.
MAT. ¿Yo?
JUSTO Sí: ¿no oye usted?
FER. (Desde dentro.) ¡Mentira!... ¡Imposible!... ¡Calumnia!
MAT. ¡Es Fernando!... ¿Por qué dice eso?... (Con espanto y angustia.)
JUSTO Porque lucha contra la evidencia y se revuelve contra el desengaño. ¡Así, así nos revolvemos cuando el desengaño nos hiere!
MAT. ¡Ah, Enriqueta!... ¡Ella es!... ¡Ella, Dios mío!
JUSTO Enriqueta no está allí. Entró un momento, lloró en los brazos de doña Concepción, hablaron en voz baja, y se fué á seguir llorando en su cuarto.
MAT. Con esto basta, yo la conozco.
FER. (Dentro.) ¡No!... ¡Aquí!... ¡Aquí todos!... ¡Delante de ella!... ¡Ven, madre!
CONC. (Dentro.) ¡Hijo mío!...
LOR. (Dentro.) ¡Por Dios, cálmese usted!...
FER. He dicho que todos. (Salen todos.)

ESCENA X

MATILDE, DON JUSTO, FERNANDO, DOÑA CONCEPCIÓN y DON LORENZO. Fernando, como loco, trae á su madre. Don Lorenzo les sigue

MAT. (Retrocediendo aterrada.) ¡Fernando!...
FER. Esas infamias, esas calumnias, se dicen aquí, en su presencia, para que ella se defienda, para que la defienda yo.
MAT. Defenderme, ¿de qué?
FER. De lo que afirman, de lo que juran, de lo que inventan.
MAT. ¿Pero quién es?
FER. Por lo visto, todo el mundo.
MAT. Eso es ya condenarme.
FER. No, Matilde; es repetir lo que cuentan.
MAT. ¿Pero tú lo crees?
FER. (Con gran violencia.) ¡No, Matilde! ¡Creerlo, no! (Con angustia creciente.) ¡Pero piensa que es mi

madre quien lo dice!... Y contra ella, ¿qué puedo yo? A otra persona yo le cerraría la boca con un hierro, con un plomo, con mis manos crispadas, hiriendo, matando, ahogando; pero á ella, ¿cómo?... Hay que ponerse en la realidad. ¡Es ella, es mi madre!... A ella, ¿de qué modo le cierro la boca para que no diga que eres infame, que eres impura?... (Tapándose la boca.) Ya lo ves, yo mismo, con mis propias manos, corto mi aliento, y rompo las palabras malditas, y me oprimiría el corazón para no sentir, y me estrujaría el cerebro... Pero á ella no puedo, no puedo... no puedo, Matilde... ¿Cómo quieres tú que haga eso? ¡Es mi madre!

MAT. Ni debes pensarlo tampoco.

FER. Entonces, tengo que oirla.

MAT. La oiremos los dos: la oirán todos. Hable usted, señora.

CONC. Le dije á Fernando lo que tenía que decirle.

MAT. Repítalo usted.

CONC. Me repugna. (Pausa. Matilde mira alrededor; todos callan.)

MAT. ¿Tan indigno es que nadie se atreve? ¿Ni usted tampoco, don Lorenzo?

LOR. ¡Por Dios, Matilde!

MAT. ¿Ni usted, don Justo?

JUSTO Yo, sí.

MAT. Pues á ver.

JUSTO Que Julio es tu amante.

FER. Eso, eso dicen... ¿Lo ves, Matilde?

MAT. ¡Ah, la invención ridícula!

FER. Ridícula, sí; pero hay que probar que lo es.

MAT. ¡Fernando!...

FER. No es por mí: para mí, tu palabra lo es todo; pero es por mi madre, por ellos, por el mundo, por tí misma, porque es preciso que los dos aplastemos á los calumniadores. ¡Tú no sabes qué pruebas amontonan, con qué astucia tejen la red, qué recuerdos despiertan, con qué infernal habilidad de muchas pequeñeces fabrican una montaña!... ¡Si te digo que, si no fuera yo, y no tuviese la fe

que tengo en tí, dudaría, lo creería. ¡Mira tú, cuando han convencido á mi madre, que es tan buena y que te quiere tanto, ¿qué será con los demás?... ¡Matilde, Matilde... yo sé que es mentira!... Pero no la desprecies, que esta mentira se parece mucho á una verdad.

MAT. ¡Fernando... tú dudas de mí!

FER. No; pero vengan pruebas para que no dude nunca.

MAT. Pruebas, ¿de qué? De esa historia ridícula y absurda de mis amores con Julio. ¡Yo rechazo todo eso, lo niego, lo desprecio!

FER. ¿Lo ven ustedes, (Volviéndose á todos.) lo ves, madre mía?

CONC. ¿Pero había de confesarlo, Fernando?

FER. ¿No está usted convencido, don Justo? (Don Justo aparta la vista.)

MAT. No busques el convencimiento de los demás, sino el tuyo. Yo te pregunto á tí: ¿me crees capaz de una infamia? Fernando, contéstame la verdad. La verdad seca, brutal, descarnada, aunque me enlode, aunque me aplaste. ¿Dudas de mí?

FER. Sí. A pesar mío, pero dudo. ¡Matilde, por Dios, por tí, por nuestro amor!

CONC. (A don Justo y á don Lorenzo.) ¡Al fin!

MAT. Y yo, ¿cómo puedo infundirte la confianza que has perdido?

FER. Dicen muchas cosas, pero no quiero saber más que una: ¿has ido algunas veces de noche, sola, como van las que no son como tú, otras mujeres, á casa de Julio?

MAT. No.

FER. ¡Ah!... (Se vuelve triunfante á todos: todos murmuran y la miran con lástima.)

CONC. No te habrán visto muchas veces, porque sería mucha casualidad; ¿pero no te han visto siquiera una vez?

FER. Eso, contesta. ¿No has ido *ni una vez*? ¡Ahora verán ustedes!

MAT. (Vacilando.) Yo... á casa de Julio... no, realmente... sería preciso...

CONC. ¿Y aún dudas? (A Fernando.)
JUSTO ¡Desdichada!
FER. ¿Sería preciso? ¿qué? (Con ira y acercándose amenazador.)
MAT. (Con fiereza.) Que explicase por qué me vieron salir de aquella casa los que me vieron salir.
FER. ¿Luego estuviste?
MAT. Sí: una vez.
FER. ¡Ah, Matilde... Matilde... miserable!
CONC. Una vez la vieron: ¡cuántas no la verían!
MAT. ¡Ah, señora... prudencia... que yo también puedo enloquecer!
FER ¡Sea *una*! ¿A qué fuiste?
MAT. ¡Fernando!
FER. ¡Contesta!
MAT. ¡Me repugna!...
FER. No se trata ahora de repugnancias, sino de verdades. ¡Más repugnante es escarnecer hoy mi amor en espera de escarnecer mañana mi honra!
MAT. ¡Ah!... Pues sea... fuí á casa de Julio.
FER. ¿A qué?
CONC. No sabe qué decir.
MAT. Pues fuí á casa de Julio... porque yo también dudaba de la que iba á ser tu esposa... y quise cerciorarme...
CONC. ¡Silencio! (A Matilde.) ¿No te dije que inventaría eso? (A Fernando.)
JUSTO Mal medio y mala defensa, Matilde.
MAT. Pues no tengo otra.
CONC. ¡Basta! Has querido indignamente calumniar á Enriqueta: no lo sufro. ¡Sal de mi casa!
MAT. ¡Ah!
CONC. De todas maneras ibas á salir; pero ahora saldrás sola.
MAT. (Volviéndose á Fernando.) ¿Saldré sola?
FER ¡Sí!
MAT. ¡Ah!... ¡El también! ¡Y yo sé que soy honrada, y me lo niegan todos estos miserables! ¡Y ella... ella... Enriqueta, será su esposa!
FER. ¡Lo será! (Con desesperación y á modo de venganza.)

MAT. (A Fernando, al oído.) ¡No!... ¡Oye: Julio es el amante de Enriqueta!

FER. (En voz alta.) ¿También calumniadora? ¡Vete!

MAT. ¡Ah! ¡Me arrojan... me arrastran ante Enriqueta! ¡Pues bien, sea! ¡Yo juro por mi sangre, por mi alma, por mi salvación, que no se casará contigo! ¡No se casará!... ¡Aunque todos se empeñen, no se casará! (Sale como loca.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La escena puede ser la misma de los actos anteriores; es decir, un salón de mucho lujo en casa de doña Concepción. Rompimiento en el fondo de tres claros muy grandes: mas allá se ve otro pequeño salón, también muy elegante; de frente y en el centro de este último salón, un gran sofá ó diván, y detrás algo que adorne el muro ó un balcón: este diván corresponde á la puerta del centro; sobre el diván y las mesas, telas, encajes, estuches jarrones, pequeños cuadros y otros objetos artísticos; son regalos de boda. Se supone que la izquierda de este segundo salón comunica con las habitaciones de Enriqueta y Fernando, y que comunica la derecha con las demás habitaciones de la casa. En el primer salón, dos puertas con colgaduras: la de la izquierda da á un gabinete, sin otra salida; la de la derecha, á los salones principales. Además, á la izquierda hay una pequeña puerta de servicio. Mesas elegantes, espejos, araña en el centro, tapices, etc. En primer término, donde convenga para el juego de la escena, una mesita y un sofá. Por todas partes regalos de boda, como en el segundo salón. Es de noche; los dos salones profusamente iluminados.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA, dos ó tres AMIGAS y uno ó dos CABALLEROS en el segundo salón. Enriqueta les enseña los regalos; á veces se les oye confusamente hablar y reir. DOÑA CONCEPCIÓN y DON JUSTO en primer término

CONC. Mire usted... mire usted... (Señalando al grupo de Enriqueta.) Les está enseñando los regalos. ¡Qué día tan feliz para mi Enriqueta! Con

muchas lágrimas se lo ha ganado. ¡Pobre niña mía! (Enterneciéndose.)

JUSTO El día de la boda debe ser un día muy feliz. Es natural que lo sea. Como he sido siempre *soltero*, y al cabo he ascendido á solterón, no lo sé por experiencia propia, pero lo sé por mis amigos.

CONC. ¡Y qué alegre está mi Enriqueta!

JUSTO (Distraido.) ¿Y qué hace ahí dentro?

CONC. Ya se lo he dicho á usted. Pero usted no sé qué tiene esta noche que no atiende á nada. Está enseñando los regalos á sus amigas. Es una colección de preciosidades: un museo. ¡Ah! El regalo de usted es lindísimo.

JUSTO Muchas gracias. Yo entiendo poco de estas cosas. ¿Sabe usted lo único que se me ocurre regalarles á los que se casan? ¡Un *velocípedo*! Eso, á él. ¡Y á ella, un *velo*... monjil! (Riendo.) Pero, en fin, una señora amiga mía, y de mucho gusto, me saca de estos apuros.

CONC. Muy buen gusto ha tenido. Oiga usted, don Lorenzo no ha regalado nada.

JUSTO Ya regalará. ¡Como le persigue la desdicha, le habrá sucedido algo! Pero esté usted tranquila: todo lo malo que le sucede á don Lorenzo, se arregla al fin. Y, en verdad, que ya le hizo á Enriqueta el mejor de todos los regalos.

CONC. ¿Sí? (Con inocencia.)

JUSTO Señora, le regaló el *novio*. A no ser por él, no se casa Fernando con Enriqueta. El *aplastó* á Matilde.

CONC. ¡No me la nombre usted, don Justo!

JUSTO (Triste y preocupado.) ¡Tiene usted razón!

CONC. ¿No le parece á usted que se hace tarde? Ya está todo dispuesto. *El altarcito* en el salón principal con todas las luces encendidas. ¡Es una monada! ¡Dan ganas de casarse delante de este altarcito, don Justo! Así decía Enriqueta con su sonrisa de ángel. Y el sacerdote está para llegar. Y no falta ni uno de los invitados. Verdad es que han sido muy pocos. Enriqueta, como es *tan modesta*, quería

casarse en familia, sin avisar á nadie, sin regalos, sin que lo anunciasen los periódicos. Y esto lo ha conseguido. Creo que á última hora sólo uno ó dos han faltado al secreto.

JUSTO Es muy modesta, muy modesta. Ella no quiere meter ruido. *Casarse, y nada más.* Y en seguida al extranjero. (Con cierta ironía. Se ve que no cree en la modestia de Enriqueta.) «Ya cogí marido y me lo llevo.» (En tono de broma, pero con intención.)

CONC. Eso es: para ella no hay más que el cariño de Fernando. Pero yo le dije: «No, hija mía, que eso es casarse en *secreto.* Vendrán pocos, pero vendrán algunos amigos.»

CRIADO (Por un costado.) Acaban de traer esto con una tarjeta. (Trayendo un estuche, no muy grande, envuelto en un papel, y dando la tarjeta.)

CONC. ¿A ver, á ver? Déjelo usted ahí. (El Criado deja el estuche en la mesita y entrega la tarjeta á doña Concepción; se retira.) Vea usted de quién es, don Justo. (Dándole la tarjeta: entre tanto, ella quita el papel al estuche y lo abre. Al mismo tiempo otro criado viene por la derecha del segundo salón y entrega otro estuche á Enriqueta.)

ENR. (Desde dentro.) Venga usted, venga usted, doña Concepción, verá usted qué cosa *tan divina* me regalan las de Mendoza.

CONC. Ya voy, hija, ya voy. (Á don Justo.) ¿De quién es esto?

JUSTO (Quitando el sobre de la tarjeta.) De don Lorenzo. ¿No le decía yo á usted?

CONC. ¡Jesús, qué preciosidad! ¡Una escribanía pequeñita de acero calado sobre fondo de oro! ¡Mire usted... mire usted! ¿Y qué dice la tarjeta? Léamela usted, don Justo.

JUSTO (Leyendo.) «Querida Enriqueta: Reciba usted ese recuerdo de su buen amigo. Feliz la mujer que puede escribir la historia de su vida sobre fondo de oro con caracteres de acero. De oro el corazón, de acero la virtud.»

CONC. ¡Muy delicado, muy poético!

JUSTO A usted le parecerá delicado y poético: yo me atrevo á decir que me parece cursi.

CONC. ¡Qué manía tiene usted contra el pobre don Lorenzo!

ENR. (Desde el segundo salón.) ¿Pero no viene usted? (Á doña Concepción.)

CONC. ¡Sí, hija: y ven tú á ver el regalo de don Lorenzo!

ENR. (Viniendo al primer término.) ¿De don Lorenzo?

CONC. Sí.

ENR. A ver... haga usted el favor de enseñarles los demás regalos. (A doña Concepción.) Yo estoy rendida. Voy á descansar un poco: la cabeza me da vueltas.

CONC. Allá voy. Hágale usted compañía, don Justo. Es para la pobre un día de emociones.

JUSTO Sí, señora. (Doña Concepción se va al segundo salón: habla con las señoras y caballeros, y se retiran lentamente por la derecha, como si fueran viendo más objetos.)

ESCENA II

ENRIQUETA y DON JUSTO

ENR. ¿Y qué me regala don Lorenzo?

JUSTO Ahí está: una escribanía preciosa.

ENR. (Mirándola.) ¡Preciosa!

JUSTO Y completa.

ENR. Es cierto: sus dos tinteritos muy coquetones, su secador, sello para el lacre... ¡Monísimo! Dos amorcillos jugando alrededor de un *ara*. ¡Qué original!... (A don Justo, riendo.) ¿Es un *ara* ó una *estufa*?

JUSTO (Cogiendo el sello.) Es un *ara*: el fuego está *encima*, por fuera. En la estufa está por *dentro*. El arte clásico, al transformarse en arte moderno, pierde en *forma*, pero gana en *calor*. Puro simbolismo, Enriqueta. El *ara* y la *estufa* representan dos civilizaciones. (Entre serio y bromista.) ¿Hay más?

ENR. Sí, el cuchillo... ó plegadera... también con su *ara* y sus amorcillos en el puño. ¡Pues

mire usted, *pincha* y *corta*! (Probando la punta y el filo, y riendo.)

JUSTO Si Fernando, andando el tiempo, te fuese infiel, ya tienes un arma vengadora. La avispa ya tiene su aguijón. (Riendo.)

ENR. (Con cierta coquetería infantil.) Yo no soy avispa: cuando más, una *mosquita*.

JUSTO *Una mosquita muerta.*

ENR. ¿Por qué dice usted eso?

JUSTO ¡Qué sé yo!

ENR. (Con mucha dulzura; la dulzura hipócrita es su tipo.) Usted no me mira con buenos ojos. La predilecta de usted era... la *otra*.

JUSTO Ya no lo es; la maldad en el hombre es odiosa; en la mujer es repugnante. Se portó muy mal contigo, ¿no es verdad?

ENR. Usted lo sabe.

JUSTO ¡Mira tú que fué maldad la de Matilde! ¡Dos amantes! ¡Engañar á dos hombres! ¡Y luego acusarte á tí!

ENR. Dios se lo perdone.

JUSTO Es que si por casualidad tú hubieses tenido alguna vez... cosas que pasan... algún ligero amorío con Julio... y hubiese mediado alguna carta, y se hubiese apoderado de ella Matilde... estabas perdida.

ENR. Por ese lado estoy segura.

JUSTO ¿Por qué lado? ¿A que te referías?

ENR. A eso que decía usted: á las cartas. Como no hubo amores, no hubo cartas.

JUSTO ¡Qué buena eres! ¡Verdaderamente un ángel! Doña Concepción te conoce bien.

ENR. ¿Por qué dice usted eso?

JUSTO Porque te estoy sometiendo á un interrogatorio impertinente, de todo punto impertinente. Y tú, modesta y resignada. No hubiera hecho eso Matilde. Ella, como es tan *orgullosa* y como tiene aquel carácter de fiera, habría protestado indignada. ¡Tú, un corderillo, una paloma sin hiel!

ENR. (Comprendiendo que ha estado demasiado humilde.) ¡También me duele, también!... ¡No crea usted que no lo comprendo!... pero yo no sé

defenderme. (Se lleva el pañuelo á los ajos, y hace que llora.) ¡Ay, don Justo, qué mal me quiere usted!

JUSTO ¡No llores, Enriqueta!... ¡No llores, pobrecilla!... ¡No lo consiento! (Se acerca, la acaricia, le quita el pañuelo y lo toca, como distraido, á ver si está húmedo.)

ENR. ¡Don Justo!

JUSTO (Aparte.) (No lloraba: el pañuelo está seco ni una lagrimilla.) (En voz alta.) ¿Y Julio?

ENR. No sé.

JUSTO A última hora, dicen que ha ido á las Baleares, á recoger el último suspiro de su tía y la herencia de paso.

ENR. No es imposible.

JUSTO ¡Ya!

ENR. ¿Por qué me mira usted así? ¡Parece usted un juez!

JUSTO Aquí no puede haber juez, porque no hay reo. Si estuviese Matilde, sería otra cosa.

ENR. No hablemos de Matilde: me da mucha pena. ¿Dónde estará la pobre? ¿Lo sabe usted? ¿Dónde estará? No se atreverá á venir, ¿no es cierto? (Se ve que tiene miedo.)

JUSTO Ella es muy atrevida.

ENR. ¡No la dejarían entrar! ¡Si viniese sería para dar un escándalo! ¡Qué vergüenza! ¡No: no puede venir! (Está jugando nerviosamente con la plegadera.) ¡Ay... Dios mío!

JUSTO ¿Qué es eso?

ENR. (Sonriendo.) Que me he pinchado con la plegadera de don Lorenzo. ¿Ve usted? Un puntito de sangre. (Le quita el pañuelo.)

JUSTO ¿Estás nerviosa?

ENR. Sí, señor: lo confieso. ¡Me dice usted unas cosas!... ¡Me hace usted unas preguntas!... ¡Me mira usted de un modo! ¡Ah! Don Justo, si yo no protestase... respetuosamente; pero si yo no protestase, es que sería digna de sus dudas de usted.

JUSTO (Mirándola mucho.) ¡Vamos, has aprovechado la lección! (Enriqueta deja la plegadera y coge nerviosamente la carta ó tarjeta de don Lorenzo, jugando con ella.)

ENR. ¿Qué lección?

JUSTO La que te dí antes. «La inocencia protesta indignada cuando se duda de ella.» Soy muy pesado y muy antipático, ¿verdad? (Riendo.) Me voy allá fuera á contemplar el *ara de himeneo*. (Se dirige hacia la derecha.)

ENR. ¡Hasta *luego*, don Justo! (Con dulzura. Luego, aparte.) ¡Por fin! (Al creer que sale don Justo, se levanta nerviosa y rompe en muchos pedazos la tarjeta don Lorenzo.)

JUSTO (Volviéndose rápidamente y viendo lo que ha hecho.) ¡Ah! ¡Pobre tarjeta de don Lorenzo! ¡No merece tus enojos! En tal caso, yo.

ENR. (Conteniéndose.) No fué por enojo, fué por distracción.

JUSTO Mira, Enriqueta, un aviso de amigo. Si de aquí hasta que os caseis, en estos quince ó veinte minutos que faltan, viene alguna carta para Fernando... *intercéptala*. (Con misterio.)

ENR. (Sin poder dominarse del todo.) ¿Por qué?

JUSTO Pudiera escribirle Matilde, y ha ejercido tanto imperio sobre él...

ENR. Y ya, ¿qué puede decirle?

JUSTO No sé. ¿Estás impaciente porque te deje?

ENR. ¿Yo? No lo crea usted.

JUSTO (Después de pensar un rato.) Quiero ser franco contigo. Tengo en mi poder una carta para Fernando.

ENR. (Con angustia que no puede ocultar.) ¿Para Fernando?

JUSTO Sí.

ENR. ¿De quién?

JUSTO No lo sé.

ENR. ¿Un anónimo? (Con desprecio.)

JUSTO No lo sé tampoco.

ENR. Pues no comprendo lo que quiere usted decir.

JUSTO (Sacando una carta cerrada.) Mira, oye lo que dice: «Suplicada con todo encarecimiento, para don Fernando, antes de su boda.» Viene cerrada, y en una hoja sin firma, me dicen: «Se teme que, de escribirle directamen-

te, haya alguien interesado en interceptar la carta.» ¿Conoces la letra? (Enseñándole la carta.)

ENR. (Aparte.) (¡Dios mío, de Julio!) (Dominándose.) No... no la conozco; está desfigurada; me pareció que era de Matilde. Puede ser que sea suya.

JUSTO Y tú, ¿qué me aconsejas? ¿Se la entrego á Fernando?

ENR. (Con tono indiferente.) Usted verá lo que debe hacer.

JUSTO Estoy dudando desde hace dos días: mira si es fecha.

ENR. (Algo mimosa.) Dude usted... un poquito más. Probablemente será para darle un disgusto á Fernando. Por eso lo digo.

JUSTO Eso creo yo también.

ENR. ¿Entonces?...

JUSTO En fin, veremos... veremos... (Marchándose con la carta en la mano y como pensando lo que debe hacer.)

ENR. (Siguiéndole, alcanzándole y hablándole con mucho cariño.) ¿Quiere usted darme esa carta? Yo se la daré á Fernando luego.

JUSTO ¡Ah, no, Enriquetita! Las mujeres sois muy curiosas: no resistirías la tentación; leerías la carta y tomarías un disgusto. El día de la boda, ni tú, ni Fernando debeis disgustaros por nada.

ENR. ¿Y usted se la dará?

JUSTO Yo procuro hacer lo que debo, y no me agrada proporcionar á nadie un disgusto... inútilmente. ¡Adiós... adiós! (Aparte.) (¡Quería la carta!... ¡Ahora sí que se la entregaré á Fernando!)

ENR. (Cae abrumada y rendida.) ¡Este hombre será mi perdición!

ESCENA III

ENRIQUETA; después, MATILDE. Entra á su tiempo por la puerta de escape, la cierra y guarda la llave

ENR. ¡Es de Julio... de Julio! Habrá sabido por ese periódico imprudente mi boda... ¡Dios

mío! ¡Llegar al fin y no alcanzarlo!... ¡Unos minutos no más, y soy su mujer!... ¡Sí lo soy!... ¡Yo haré que me quiera! Y entonces, ¡qué porvenir!... ¡Cuánta luz!... ¡Ya no tendré que fingir ni que humillarme!... ¡Pero esa carta!... ¡Y don Justo me odia!... ¡Allá, allá!... ¡No debo perderle de vista! ¡Lucharé, lucharé! (Se dirige hacia la puerta derecha. Suenan unos golpes en la puerta de escape.) ¿Quién llama?... ¡Ah! Será Dolores, mi doncella. (Se dirige á la puerta y la abre. Se presenta Matilde.) ¡Matilde!...

MAT. ¡Silencio!... ¡Silencio, Enriqueta!

ENR. ¿A qué vienes?

MAT. Ya lo sabes.

ENR. ¡Por qué te han dejado entrar! (Lo dice desesperada, más para sí que para Matilde.)

MAT. Le dije á Dolores que deseaba felicitarte por tu boda. Me dejó pasar, y el camino bien lo conozco.

ENR. Pues ya me has visto; no te guardo rencor; vete.

MAT. Yo sí te guardo rencor, y vengo á impedir que te cases con Fernando.

ENR. Habla bajo.

MAT. ¿Para qué? ¡Qué me importa!

ENR. A mí sí. (Mirando á todas partes.)

MAT. Ya sabes á lo que vengo.

ENR. Perdiste el juicio, Matilde.

MAT. Creo que sí. ¡Veo cosas tan extrañas... tan repugnantes! ¡Toda la noche ha sido un continuo delirio! He visto un altar con muchas flores, y ante él de rodillas, á Fernando, y á su lado *un reptil* con medio cuerpo pegado al suelo y luego doblado hacia arriba, así como si quisiera arrodillarse él también. ¿Ves qué extravagancia?

ENR. ¿El reptil sería yo?

MAT. Eso no hay para qué decirlo.

ENR. Vete, Matilde.

MAT. No.

ENR. Llamaré.

MAT. No llamarás. Daríamos un escándalo. Yo

estoy dispuesta. ¡A mí qué me importa! ¡Pero tú á eso no te atreves!

ENR. ¿Pero qué te propones?

MAT. Ya te lo he dicho: que no te cases. (Con la frialdad de la desesperación.)

ENR. ¡Pero tú perdiste la razón! ¿De qué medios vas á valerte?

MAT. Qué sé yo; por el pronto no me separo de tí; soy más fuerte que tú; aquí te tengo; no te dejo. (Cogiéndola de un brazo.) ¿Te van á llevar al altar? Yo contigo. ¿Te arrodillas junto á Fernando? A tu lado yo. ¿Vas á decir *sí*? Lo ahogo en tu garganta, y quien dice *sí* soy yo.

ENR. ¿Pero no ves que al fin vendrán y me separarán de tí? ¿Qué consigues, Matilde?

MAT. Impedir la boda. ¿No ves tú que ya no expongo nada? Honra, no la tengo; la vida, no me importa; su amor, ya lo perdí. Pues soy más fuerte que todos. ¡Más fuerte! ¡Mira tú qué cosa tan rara! ¡Los débiles convertirse en fuertes! Pues lo soy. Quien desea morir, ¿qué puede temer? Es más fuerte que el mundo entero, más que el universo, aunque me aniquile y me reduzca á la nada, porque en la nada me siento ya, y contra la nada, ¿qué puede hacer nadie?

ENR. ¡Yo no puedo luchar contigo! ¡Yo me acobardo! ¡Ten compasión de mí!

MAT. ¡Cómo finges! ¡Es mentira; sí, eres más fuerte que yo! Pero yo estoy más desesperada. Te llevo esa ventaja. De mí, ¿qué han hecho? ¡Me hicieron dudar de mi padre; mi madre me la quitaron! ¡Doña Concepción, á fuerza de humillaciones y alfilerazos, mató todas mis ternuras! Me rocé contigo, que fué rozarme con la deshonra y la impureza, y al seguirte por la calle, al fango de la calle fuí dejando caer todos mis pudores divinos de mujer. Al acabar mi espionaje y salir de aquella casa, casi salía tan impura como tú. Y después me insultan, me escarnecen y me echan fuera... todos... todos... ¡hasta Fernan-

do! ¡Ah! De aquella niña cariñosa, de aquella joven tímida y honesta, de aquella mujer noble, porque lo era, ¿qué habeis hecho? ¡Un andrajo que se arroja! ¡Carne humana que se aplasta! ¡Un desperdicio que se tira! ¡Sólo que este andrajo, que este desperdicio, que este mísero sér, se levanta hoy y viene á buscaros! ¡Y viene más fuerte que todos vosotros! ¡Y viene á imponer su voluntad! (Riendo con algo de delirio, de desafío supremo, de desesperación.)

ENR. Perdiste el juicio: me das verdaderamente miedo.

MAT. Bueno: con que quedamos en que renuncias á Fernando

ENR. Yo renunciaría; pero si se empeña doña Concepción... (Aterrada, por ganar tiempo.)

MAT. ¡No vengas con hipocresías y mentiras! Tú no tienes más que decir: «Yo no puedo casarme con Fernando, porque Julio es mi amante, y porque casándome con Fernando le deshonraría.» No tienes más que decir eso, y ya está deshecha la boda.

ENR. ¡Pero si no es verdad!

MAT. ¡Enriqueta! Mira, no quiero hacerte daño. No confieses nada, pero rompe la boda.

ENR. ¿Pero de qué modo? Ya no es posible; no depende de mi voluntad.

MAT. Un pretexto; dí que tienes celos de mí. O finge que pierdes el sentido; ó cuando llegues al altar, dí: *no.*

ENR. (Pausa, en que Enriqueta se angustia y lloriquea; hay que preparar la transición.) ¡Matilde! Estoy vencida.. No me casaré con Fernando, te lo juro... Si me llevan al altar, diré *no.* Y ahora déjame salir. (Intentando marcharse; y siempre figurando que llora.)

MAT. No, te conozco; no te vas. (Riendo.) Ahora dices: no; pero luego dirás: *sí*, y ya no habrá remedio. Entonces, entonces es cuando harás que me echen de esta casa por vez segunda y para siempre. ¡Ah, nos conocemos!

ENR. ¿Pero qué quieres que haga, Matilde?

MAT. Mira, vienes conmigo; huyes, y no tienes que dar explicaciones, y no hay boda.

ENR. ¡No puede ser, Matilde, vuelve en tí! ¡Al verme salir, me detendrían!

MAT. ¡Es verdad! Pues discurre algo, yo no puedo. (Matilde está delirante, nerviosa; la razón se le escapa á ratos; Enriqueta la mira aterrada, sin atreverse á contradecirla, pero acechando la ocasión de escapar.)

ENR. ¿Quieres que venga Fernando? Delante de tí le diré todo lo que tú quieras.

MAT. (Con alegría inocente.) ¿Ver á Fernando? ¿Hablarle por última vez? ¿Decirle lo que eres y lo que soy? ¡Ah, buena idea! Sí, que venga.

ENR. Pues voy á buscarle. (Levantándose y dirigiéndose á la derecha.)

MAT. (Al pronto la deja marchar, pero luego se arrepiente.) ¡Ah! ¡Querías escaparte!... ¡Te adivino! ¡No, tú no sales de aquí! (Saltando sobre Enriqueta, la detiene.)

ENR. ¡Matilde!

MAT. Toca el timbre y llámale; yo llamaré. (Tocando el timbre.) ¡Pero tú, conmigo! ¡No te suelto, si ya no te suelto!

CRIADO (Presentándose por la derecha.) ¿Qué manda la señorita?

ENR. Que venga don Fernando. (¡Sí, que venga; él me defenderá!) (Sale el Criado.)

MAT. Ahora veremos. (Se pone cada vez más nerviosa; Enriqueta, agazapada en un rincón del sofá ó en pié, la mira con odio y malicia.) ¡Ah!... ¡La boda!... ¡La boda!... ¡Los regalos de boda! (Mirando alrededor.) ¡El velo de desposada! ¡Y el vestido blanco! ¡Yo lo mancho todo!... ¡Y lo destrozo todo! ¡Y lo pisoteo todo!... ¿Pero no comprendías tú que tu casamiento era imposible?

ENR. Tienes razón.

MAT. Sí, ahora me das la razón. Tú piensas: ésta se volvió loca; á ganar tiempo. Veremos cuando venga Fernando. (Con energía furiosa.)

ENR. (Con un grito de alegría.) ¡Ya está aquí Fernando! ¡Sí, ahora veremos!

ESCENA IV

MATILDE, ENRIQUETA y FERNANDO

FER. ¿Me llamabas, Enriqueta? ¡Matilde! ¡Tú... Matilde!

MAT. Sí, yo: yo soy, Fernando. (Cambia de tono; todo su valor se desploma; ante Fernando es tímida, cobarde como una niña.)

ENR. (Abrazándose á Fernando.) ¡Sí, es ella; protégeme, Fernando! ¡Esa mujer está loca! ¡Me amenaza con cosas horribles!... ¡Tengo miedo! (Su voz es dulce y quejumbrosa; casi llora, ó llora de veras.)

FER. ¿A qué has venido? (A Matilde, en tono seco.)

MAT. ¿Y tú me lo preguntas, Fernando? (Tímida y angustiada.)

FER. ¿A qué has venido?

MAT. Yo te lo diré; ¡pero no me mires así! ¡me das miedo! ¡Así debieras mirarla á ella! ¡á mí... no! ¡Ah, justicia del cielo!... ¿dónde estás... dónde estás? (Con tristeza, con dulzura y desesperación.)

FER. ¡Silencio!... ¡Vete!

ENR. ¡Sí, que se vaya! ¡que se vaya!... ¡Es mala, muy mala: lo tiene en la sangre! (Hace que vacila: Fernando le pasa el brazo por la cintura.)

FER. Sal de aquí. ¡Ahora mismo!

MAT. ¿De modo que no me crees si te digo que esa mujer que estrechas contra tí, ¡la del vestido blanco! ¡la de la cara de virgen!... ¡es infame! ¡es traidora! ¡es hipócrita... y te mancha, te mancha para siempre!... ¡con mancha tal, que solo podrás limpiarla con otra mancha: la de la sangre! (Con ansia suprema.)

FER. ¡Calumniadora! ¡Basta! ¡Respétala! ¡Es como si fuera mi mujer! ¡Respétala!

MAT. ¿Yo calumniadora? ¿que la respete? ¡Y él me dice eso! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡O quítame la razón, ó dame tu poder!

ENR. (A Fernando.) ¡Mira, que vienen á buscarnos! (Apoyándose en él.)

FER. ¡He dicho que te vayas! (Acercándose amenazador á Matilde.) ¡Silencio, y vete! ¡Ya te estará esperando Julio!

MAT. ¡Fernando!

FER. ¡Obedece! ¡sal! (Ella retrocede ante Fernando; éste se acerca á la puerta de escape.) ¡Está cerrada! ¡Por allí!... (Mirando la puerta de la izquierda del foro.) ¡No: hay gente!

ENR. ¡Por Dios, que vienen!... (En la puerta de la derecha, observando si vienen.)

FER. (Acercándose furioso á Matilde y llevándola al gabinete de la izquierda.) ¡Ven aquí!... ¡Entra en ese cuarto, y silencio! ¡Si das un grito, si sales, si manchas con tu presencia mis bodas, te ahogo, miserable! ¡Te ahogo por malvada! ¡Te ahogo por impura!

MAT. (Mientras la lleva.) ¡Fernando!

FER. ¡Y te ahogo, más que por nada, porque te amo, á pesar de todo lo que eres! (En voz baja y reconcentrada.) ¡Mira, allí un ángel, aquí tú: pues con ese ángel voy á la desesperación... y contigo!... ¡Matilde!... ¡contigo!... ¡Entra! ¡Entra!

MAT. ¡Fernando!

FER. (Empujándola.) ¡Entra!... ¡Ahí!... ¡Oye!... ¡Sufre!... ¡muérete!... ¡voy á mis bodas!

MAT. ¡No! ¡Eso no!

FER. ¡Sí!... ¡á mis bodas! ¡Y la traeré aquí, en mis brazos, á ella!... ¡y tú... ahí... á callar... á sufrir... á morirte! (La hace entrar á la fuerza y cierra con llave.)

MAT. ¡Fernando! (Se oye confusamente este último grito.)

ENR. ¡Pronto!... ¡pronto!... ¡que vienen!

FER. ¡Cálmate! ¡Ya no sale! ¡No tengas miedo! (Con la respiración anhelosa por su lucha con Matilde.)

ENR. ¡Sí: le tengo: protégeme!

FER. ¡Es mi obligación! ¡Lo es ya!... ¡Te protegeré! (Profundamente agitado, aunque procura dominarse.)

ENR. Pues vamos.

FER. Vamos.

ESCENA V

ENRIQUETA y FERNANDO; DON JUSTO, que, al salir ellos, les cierra el paso

JUSTO (Cerrándoles el paso.) Un momento. Perdona, Enriquetita: tengo que hablar con Fernando.

ENR. (Aparte.) (¡Dios mío!)

FER. ¿Dice usted?

JUSTO Esto: y lo diré delante de tí, Enriqueta. No es un misterio. Hace dos días recibí una carta para tí. (A Fernando.)

ENR. ¡Ah!

FER. ¿Qué tienes? (A Enriqueta.)

ENR. Nada.

FER. ¿Hace dos días?

JUSTO Sí: y he estado vacilando hasta este momento... y he luchado con mi conciencia... y, al fin, me he decidido á dártela.

FER. ¿De quién es?

JUSTO No sé.

FER. ¿Qué dice?

JUSTO No sé: está cerrada, y es para tí. En el sobre han escrito: «Suplicada con todo encarecimiento: para don Fernando, antes de su boda.»

ENR. (Aparte.) ¡Dios mío... valor! ¡Es el momento decisivo!

FER. Pues venga.

JUSTO (Sacando la carta.) Y te he dicho que dudé mucho; pero hablé antes con Enriqueta... y Enriqueta ha vencido todas mis dudas.

FER. ¿Por qué espera usted? Venga, pero pronto, porque nos están aguardando.

JUSTO Pues toma: llegó la noticia con retraso por las *nieblas*... de mi inteligencia, pero llegó. Cumplí lealmente mi encargo, y no lo cumplí á traición, sino delante de ella. ¡Y ahora, á la gracia de Dios! (Le da la carta y sale.) (¿Hice bien? ¿hice mal? No lo sé.)

ESCENA VI

ENRIQUETA y FERNANDO. En el momento en que don Justo le da la carta, Enriqueta se acerca á él cariñosa, y pone su mano sobre la mano en que él tiene la carta

FER. ¿De quién es? ¿Lo sospechas? (Mirándolo fijamente.)

ENR. Sí; no lo sospecho, lo sé.

FER. (Señalando á la puerta del gabinete.) ¿De ella?

ENR. De ella, sí. (En voz baja y dulce.) Trayéndola don Justo, ¿de quién puede ser más que de su protegida de siempre? Vió Matilde que no contestabas á su carta, y por eso ha venido.

FER. Creo que aciertas.

ENR. Sí, de seguro. (Tristemente.)

FER. ¿Pero qué puede decir? (Con ira reconcentrada,)

ENR. ¿Sientes deseos de leerla? (Con tono de triste reconvención.)

FER. (Estrujando y revolviendo la carta.) Me es indiferente.

ENR. No, Fernando, no te es indiferente. (Empujando la mano de Fernando en que está la carta, y retirándose.) A pesar de todo... sientes amor por ella. (Se echa á llorar.)

FER. No, amor no: desprecio. (Con rabia y desesperación.)

ENR. Pero además, amor. Yo no puedo oponer nada á ese amor, un cariño de niña. Yo sólo sé sufrir y llorar en silencio. Si tú sufres mucho, no te cases conmigo. Yo inventaré cualquier cosa: me echaré toda la culpa; me pondré mala.

FER. Enriqueta, eres un ángel. Una niña á quien yo protegeré como si fuese mi hija, mi hermana. ¡Qué me importa Matilde! Mira, ahí está, y ni me acuerdo de ella: que sufra, que llore. La carta no la leo. (Queriendo guardarla con ademán de desprecio, pero se ve que quiere guardarla para leerla á solas.) ¿Qué me importa?

ENR. (Deteniéndole: no quiere que la conserve.) No: si te

queda algún escrúpulo, alguna duda... puedes... leerla. ¿Quién sabe? Tal vez diga cosas que te convenzan. Dame, yo romperé el sobre. (*Le quita la carta, pero le tiemblan las manos ó finge torpeza, y no puede abrirla.*) Toma, no puedo. (*Le da la carta; pero cuando va él á abrirla, se lo impide, cogiéndole las manos con cariño.*) Tú tampoco puedes: te tiemblan las manos, Fernando. No importa, haz un esfuerzo: abre esa carta. Mientras tú la estás leyendo, yo me sentaré aquí y no te molestaré nada (*Mientras habla, ni un momento le deja las manos libres.*) Yo esperaré... yo esperaré tu sentencia. (*Con tristeza, dulzura y llanto.*)

FER. No: no te humillaré yo leyendo delante de tí, mientras tú lloras, la carta de esa mujer. A curiosidades infames, no sacrificaré yo la dignidad de la que ya es mi esposa, ó de la que miro como esposa mía.

ENR. Gracias, Fernando. Entonces, rómpela.

FER. No. Más que romperla, mi desprecio es mayor. Espera: (*Dirigiéndose al gabinete.*)

ENR. ¿A dónde vas? ¿Qué vas á hacer?

FER. Vas á verlo. (*Abriendo el gabinete: conserva en la mano la carta.*) ¡Matilde!

MAT. (*Saliendo: sale como si hubiese estado desvanecida.*) ¡Qué es esto! ¡Es despertar! ¡Ah! ¡Fernando! ¿Para qué me llamas?

FER. Para decirte si conoces esto. (*Enseñándole con desprecio la carta.*)

MAT. ¡Yo! ¿qué es eso?

FER. ¡Tu carta!

MAT. ¡Mi carta!

FER. Sí: ¡y este es el caso que hago yo de tus calumnias! ¡Tengo el papel infame y no quiero leerlo! ¡Lo aparto de mi vista y te lo arrojo! (*Hace lo que dice; le arroja la carta sobre la mesa: la carta está todavía sin abrir.*) ¡Y quisiera tener en la mano mi corazón para arrojártelo! ¡Ven, Enriqueta!

MAT. ¿A dónde?

FER. ¡A hacerla mía para siempre!... ¡Y tú... quieta!... ¡Ni un paso!... ¡Si te atreves, sígueme!...

¡Pasa esa puerta y no respondo de mí!... ¡Tú conmigo! (Llevándose casi á rastras á Enriqueta.) ¡Te odio! (A Matilde.)

ENR. ¡Por fin!

FER. ¡Ven! ¡Te odio y te desprecio! (Salen los dos: al salir coge Enriqueta el velo.)

ESCENA VII

MATILDE, quiere seguirle, pero se detiene

¡Ah!... ¡No!... ¡Me deja! ¡Será suyo!... (Se precipita hacia la derecha.) ¡Mi Fernando!... ¡Dios mío... Dios mío!... (Se detiene, retrocede y cae llorando en el sofá.) ¡Esto es un sueño... una pesadilla!... ¡No... están allá! Enriqueta dirá: *sí*; y Fernando dirá: *sí*. ¡Y ya para siempre! ¡Y yo antes me sentía con tanto valor, con tanta fiereza; mi sangre era fuego; yo era capaz de todo! Pero le ví y me miró colérico. ¡Dijo que me odiaba, que me despreciaba, y se me heló la sangre! Y aquí estoy, y no me atrevo á moverme. Yo quisiera morirme: morirme ahora mismo, para que, cuando volviese, me encontrase muerta. No: yo debo hacer algo, pero no sé qué. (Se pasea como una loca por la habitación.) ¡Si no puedo pensar! ¡si no puedo pararme á pensar! ¡Las ideas dan vueltas y vueltas... y muchas vueltas! ¡Y quiero cogerlas y no puedo!... ¡Ahora pasa Enriqueta!... ¡ahora Fernando!... ¡ahora un altar con luces!... ¡Ahora yo corriendo detrás de todos! ¡No, Dios mío, no: me volvería loca! (Se sienta y se tapa los ojos.) ¡No pensar!... ¡qué consuelo!... ¡nada!... ¡nada!... ¡sombra!... ¡Silencio!... ¡Nada!

ESCENA VIII

MATILDE; DOLORES, la doncella

DOL. ¡Señorita!...

MAT. (Sin descubrirse los ojos.) ¿Qué?

DOL. La señorita Enriqueta, al pasar... me ha dicho...

MAT. ¿Qué? (Habla como en un sueño.)

DOL. Que le haga á usted salir.

MAT. Bueno.

DOL. Pues cuando usted quiera.

MAT. Luego. (Pausa.)

DOL. ¿Está usted mala?

MAT. No.

DOL. ¿Pues qué tiene usted? (Acercándose á ella con solicitud.)

MAT. Nada.

DOL. ¿Le ofende á usted la luz?

MAT. Sí.

DOL. Vamos, señorita Matilde, que van á venir.

MAT. ¿Quienes?

DOL. Los novios.

MAT. ¿Se casaron ya?

DOL. Puede ser, porque estaban en el altar cuando yo vine.

MAT. ¿Y vendrán aquí?

DOL. Claro; van á pasar á su cuarto á vestirse de viaje: viaje de novios. ¿Conque vamos?

MAT. Sí. ¿Pero dónde? (Mirando á todos lados con ojos espantados.)

DOL. Adonde ha dicho la señorita Enriqueta. Dijo... que la haga á usted salir... Perdone usted, señorita.

MAT. Sí; pero antes tengo que hacer... algo... algo me falta. (Mirando á todas partes con la vista extraviada.) No sé, hija, no sé... ¡Yo vine por algo! (Oprimiéndose la cabeza.) ¡Yo he perdido algo!... ¿Dónde está? ¡Búscalo tú!

DOL. ¿Será esto? (Reparando en la carta que quedó en la mesa.) ¿A ver si es esto? (Coge la carta.)

MAT. Creo que sí... ¡El... él mismo me la arrojó!

DOL. ¿Quién?

MAT. ¡Fernando! (Con cierto misterio.)

DOL. ¿El señorito Fernando? ¿A usted?

MAT. Sí.

DOL. Pues ya lo tiene usted. Vámonos, que van á venir en seguida. Sí, ya vienen. Están saludando á algunas señoras, pero vienen. ¡Señorita!... ¡Señorita!

MAT. ¡Espera, espera! Tengo antes que leer esto.

DOL. Pero, señorita, ¡por Dios!

MAT. ¡Pero si es de Fernando, mujer! (Tiene en la mano la carta y viene á la mesa á leerla; no puede abrirla; coge la plegadera y con ella la abre, conservando maquinalmente dicha plegadera.)

DOL. Pues léala usted pronto, y vamos.

MAT. A eso voy.

DOL. Vamos.

MAT. (Empieza á leer, sin comprender; luego se anima; parece que despierta, y recobra al fin su energía.) «Señor don Fernando: Si ésta llega á tiempo, podrá prevenir su deshonra de usted y la traición de una mujer.» ¿Qué quiere decir? ¿De quién es esta carta? (Mirando la firma.) ¡Ah, de Julio! ¡Al fin!... A ver... á ver... (Vuelve á leer.) «Si llega tarde, sirva de castigo á Enriqueta... (Se restrega los ojos y hace esfuerzos por leer.) y á usted de aviso. Sepa usted que su boda con Enriqueta es imposible.» (Riendo con risa muy nerviosa y asintiendo.) ¡Imposible!... «Porque Enriqueta y yo nos amamos. La prueba de ello está en mi palabra de caballero y en las cartas de ella, que tengo en mi poder y en mi casa, donde tantas veces fué llamada por mi amor.» ¡Ah!... ¡Ah!... (Rompe á reir con risa estridente.) «Vea usted si le conviene, que la que ha sido mi amante sea su esposa.—Julio.» ¡Por fin!... (Rie con carcajadas salvajes de venganza y gozo: este momento queda encomendado á la actriz.)

DOL. ¡Ya están!

MAT. ¡Vete!

DOL. ¡Señorita!

MAT. ¡Vete!... ¡Si no, te arrojo yo! ¡Vete!...

DOL. Ya me voy... Sí... me voy... ¡Dios mío! ¡Qué tiene esta mujer!... (Sale precipitadamente, huyendo ante Matilde, que avanza sobre ella con la carta en una mano y la plegadera en otra)

MAT. ¡Gracias, Dios mío!... ¡No me quedaba más que esto, pero esto lo tengo!... ¡Sabrá Enriqueta que sé vengarme! ¡Sabrá Fernando que sé amar!... ¡Ahora los tres!...

ESCENA IX

MATILDE, ENRIQUETA y FERNANDO. Matilde, en el centro, pálida, descompuesta, trágica, con la carta en la mano y apretando maquinalmente el cuchillo ó plegadera

FER. ¡Matilde!

MAT. Os esperaba.

FER. ¡Aquí todavía!

MAT. ¡Todavía!

ENR. (Abrazando á Fernando.) ¡Que se vaya!

FER. ¡Pronto!

MAT. Sí, me voy; pero antes lee. ¡Por el amor que me tuviste! ¡Por la deshonra que te espera! ¡Por el único consuelo que me resta! ¡Por la justicia de Dios, y por mi desesperación y la tuya! ¡Lee!

ENR. ¡No!

FER. ¿Qué es eso?

MAT. (Separando violentamente á Enriqueta y dando la carta á Fernando.) ¡Es muy breve! ¡Son dos líneas! ¡Es de Julio!... ¡Lee!

ENR. ¡No, por Dios! ¡Quiere perderme!

MAT. ¡Eso quiero! ¡Tú lo has dicho! (Se la lleva hacia el fondo sujetándola frenéticamente.)

ENR. ¡No!... ¡No!...

MAT. ¡Sí!... ¡Sí!...

FER. (Empezando á leer.) ¡Pero qué es esto!...

ENR. ¡Fernando!...

MAT. ¡Déjale acabar!... (Ya están las dos cerca de la puerta del fondo.)

FER. ¡Imposible!... ¡No!... ¡Imposible!
ENR. ¡Compasión! (A Matilde.)
MAT. ¡La que tuviste de mí! (Han llegado al fondo: con el empuje de sus cuerpos, Enriqueta ha caído en el sofá. A su lado, en pie, sujetándola, Matilde. En primer término, Fernando acabando de leer.)
FER. ¡Matilde, mi amor! ¡Enriqueta, mi vergüenza, mi deshonra, mi desesperación!
MAT. ¡Ah!... ¡Ah!... (Con alegría salvaje.) ¡Eso!... ¡Eso... es lo que has de decir!
ENR. ¡Perdón!... ¡Socorro!...
FER. ¡Maldito el lazo que nos ata!
MAT. ¡Ya está roto! (Hunde el cuchillo en el cuello de Enriqueta, que da un grito, y queda muerta en el sofá.)
ENR. ¡Jesús!... ¡Ah!... (Muere.)
FER. ¿Qué has hecho?
MAT. (Avanza vacilante con el cuchillo en la mano.) ¡Lo que tú querías!... ¡Ya eres libre!... (Cae desplomada en un sillón junto á la mesa.)
FER. ¡Matilde! (Se precipita sobre ella y le quita el cuchillo.) ¡Sangre!
MAT. ¡Sí; muerta!
FER. ¡Socorro!... ¡Aquí!... ¡Aquí!

ESCENA X

MATILDE, en el sillón doblando el cuerpo sobre la mesa; ENRIQUETA, en el sofá, muerta; FERNANDO, en pie, con el cuchillo en la mano y la carta de Julio. Por el segundo salón, derecha, entran DON LORENZO, DOÑA CONCEPCIÓN y DOLORES, que rodean á Enriqueta. Por la derecha, primer término, DON JUSTO, que se precipita á Matilde

CONC. ¡Enriqueta!... ¡Enriqueta!
LOR. ¿Pero qué es esto?
DOL. ¡Señorita! (Todos estos gritos casi simultáneos.)
JUSTO (A Fernando.) ¿Qué has hecho? (Acercándose á Matilde.) ¡Sangre!
FER. ¡La del martirio!
CONC. ¡Sangre! (Tocando á Enriqueta.)

FER. ¡La del castigo!
JUSTO ¿Pero qué has hecho?
CONC. ¡Qué has hecho, Dios mío!
FER. ¡Me deshonraba! ¡Tengo la prueba! (Mostrando la carta.) ¡La maté!
MAT. ¡No! (Queriendo levantarse.)
FER. ¡Calla!... (A todos, con arranque supremo.) ¡La maté yo! ¡Yo!... ¡Yo mismo!
CONC. ¡Cuánta sangre!
FER. ¡No importa, madre! ¡Esa es MANCHA QUE LIMPIA!

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa

ARITMÉTICA GENER

POR

EDUARDO BENOT

Cuaderno 37—2 reales

ADMINISTRACIÓN
CALLE DE DON MARTÍN, 13
TELÉFONO NÚMERO 3.197

MADRID